

**BRU
GUE
RA**

BOLSILIBROS



POLICIACO

DINERO, SIEMPRE DINERO

Lou Carrigan



DINERO, SIEMPRE DINERO

**LOU
CARRIGAN**

CAPÍTULO PRIMERO

La vio llegar.

Él estaba de pie ante la ventana, fumando un cigarrillo, cuando ella apareció, a pie, y con actitud visiblemente indecisa, casi asustada.

En aquel momento, Brett Bronson se hallaba absorto, pero la visión de la muchacha le hizo regresar a la realidad actual de golpe. Entonces se fijó mejor en ella, y comprendió por qué la mujer le había arrancado de sus abstracciones: tenía clase. No era sólo bonita, sino que además tenía clase. Que son dos cosas muy diferentes, aunque alguien no lo crea.

Era alta, de cabellos castaños, grandes ojos oscuros (posiblemente castaños, como el cabello), y ciertamente tenía un tipo magnífico. Era primavera, hacía buen tiempo, y ella llevaba un vestido adecuado a la estación y a la hora del día, media mañana. ¡Vaya si tenía clase!

Es decir, que no encajaba en aquel lugar.

A la sazón, Brett vivía en una calleja llamada Cransberry, muy cerca de los muelles del East River, lo que por supuesto no convertía su vida en una

delicia aristocrática, ni mucho menos. Las cosas estaban mal, muy mal. Estaban pésimamente, hasta el punto de que Brett había llegado a pensar que si fuese mujer ya se habría prostituido. Claro que como hombre también podía prostituirse, pero eso ya era harina de otro costal, porque encontrar una fulana dispuesta a pagarle a un hombre no es tan fácil. Y claro, lo de prostituirse homosexualmente ya era demasiado. Hasta ahí se podía llegar.

La hermosa y elegante mujer desapareció de la vista de Brett Bronson al acercarse más al edificio, lo cual sorprendió a Brett, que se asomó a la ventana. Su sorpresa aumentó cuando vio que ella entraba en el edificio. Atiza, la preciosidad iba a visitar a alguien que vivía en el mismo edificio que él, esto sí que era de pasmo. No había en todo el asqueroso edificio nadie que pudiera tener la menor posibilidad de sostener relaciones de ninguna clase con la muchacha primaveral. Ni soñarlo.

¿O sí?

Porque las mujeres, ya se sabe, son tan raras que no se entienden ni ellas mismas. No ellas entre ellas, sino ellas consigo mismas, lo que ya es el colma. Aunque a lo mejor esto es una calumnia y resulta que, en la realidad, las mujeres son más listas y más consecuentes que los hombres. Y si no, a ver: si a una mujer le gusta un hombre, va y se acuesta con él; en cambio, si a un hombre le gusta una mujer, va y le envía flores.

Habría que revisar un poco los conceptos respecto a la inteligencia del hombre y de la mujer. Pero esto es otra historia, y además, hasta la fecha, Brett no tenía información alguna respecto a las encuestas oficiales sobre el nivel de inteligencia femenina.

En cuanto a la muchacha elegante, pues no, no había en todo el mugriento edificio absolutamente nadie que mereciera recibir su visita. O sea, que la chica se había equivocado.

Lo cual era bastante increíble, porque para entrar en aquel edificio había que tener sus buenos motivos, y

asegurarse bien de que donde uno quería entrar era ahí. O sea, que si había entrado era porque se había asegurado, claro. Es decir, que...

Cuando sonó la llamada a la puerta de su apartamento, Brett Bronson frunció el ceño, tiró el cigarrillo a la calle, y fue a abrir, sin más. Su mente quedó en blanco cuando vio ante él a la chica primaveral. La luz llegaba por la espalda de Brett, de modo que daba de lleno en el rostro de ella. Tenía una boca grande, dulce y preciosa, los ojos eran castaños, en efecto. El rostro delicioso. El resplandor del sol, como una luz mate, se esparcía por el recibidor-comedor-salita del apartamento de Brett y se reflejaba en la espléndida cabellera castaña.

La voz de la muchacha sonó un poco tensa, casi tremolante:

—¿Puede usted recibirme, señor Bronson?

Brett estuvo a punto de decir que ella se equivocaba, pero sus reflejos funcionaron bien: ella sabía quién era él, de modo que no había error. Todavía no repuesto de la sorpresa, Brett se limitó a apartarse, lo que por otra parte era suficientemente expresivo. La muchacha entró, y se volvió a mirarlo. Brett reaccionó a medias, cerró la puerta, y volvió a fruncir el ceño.

Tenía motivos para estar disconforme con la situación: todavía no se había afeitado aquella mañana, su camisa estaba sucia, sus pantalones arrugados, y se había puesto los zapatos sin calcetines, por la sencilla razón de que ya no tenía calcetines. O sea, que el asqueroso mendigo acababa de recibir la visita de la princesa, dicho en términos exóticos.

—Espero no ser inoportuna, señor Bronson —dijo ella, de nuevo casi tartamudeando.

—A decir verdad, lo es —masculló Brett—. Pero no por culpa suya, sino mía: soy yo quien vive en este lugar, y ninguna visita puede ser oportuna aquí. No sé si me explico.

La visitante parpadeó, echó un rápido vistazo alrededor, y regresó su asustada mirada a Brett. Este esbozó una mueca con intento" de sonrisa, metió las manos en los bolsillos, se balanceó, y de pronto sacó el paquete de cigarrillos, arrugado, vacío. Lo Oró a un lado y soltó un gruñido. Ella parpadeó.

—Conseguí su dirección por medio de una persona que está trabajando en la agencia a la que usted perteneció —dijo ella.

—Está bien. Sáqueme de dudas, ¿quiere?: dígame quién es usted y si realmente me busca a mí, a Brett Bronson.

—Soy Carol Marley, y le busco a usted, desde luego. Yo... había pensado contratarle, señor Bronson.

—Contratarme —repitió Brett—. Ya. ¿Quiere decir darme algo de trabajo, darme la oportunidad de ganar unos dólares?

—Oh, sí.

—Oh, á. Fantástico. ¿Y de qué piensa contratarme? ¿De basura?

—Sé todo sobre usted. Sé que era detective privado, y que le retiraron la licencia y estuvieron a punto de meterlo en la cárcel porque mató a un Hombre.

—Acaba de hacerme polvo —dijo de mal talante Brett—: en dos docenas de palabras ha resumido mi vida, lo que me ha hecho comprender definitivamente que no valía la pena que yo hubiera nacido.

—Yo..., yo no he pretendido... molestarle...

—Estoy seguro de eso. Una dama como usted no se molesta en venir a está pocilga para decirle a un tipo como yo que es un cerdo. ¿De verdad ha venido a contratarme?

—Sí... Sí, de verdad.

—Usted sabe, pues acaba de decirlo, que no tengo permiso para trabajar como detective privado.

—Por eso he venido a buscarlo a usted.

—Ah. Y supongo que eso le parece lógico, ¿eh? Oiga, ¿le gustaría sentarse? Espere, me aseguraré de que no hay demasiado polvo en la silla.

Brett alzó una de las sillas; la miró cómicamente como si estuviera utilizando una lupa, y se la ofreció a la muchacha. Él se sentó en el borde de la mesa, y entonces ella vio sus tobillos desnudos. Parpadeó, y miró turbada a Brett, que encogió los hombros. Ella abrió su bolso, sacó un paquete de cigarrillos, y lo ofreció a Brett, que saltó de la mesa y tras encender un cigarrillo titubeó.

—Puede quedarse con el paquete-dijo ella.

—Es lo que iba a hacer, pero no quisiera causarle mala impresión. ¿No es un buen chiste?

—Lo que he venido a pedirle, señor Bronson, debería quedar para siempre entre usted y yo. Si lo desea puedo darle mil o dos mil dólares por anticipado.

—No juegue con esas cosas, señorita Marley: mi estómago acaba de dar un salto. De, alegría, claro. Con mil dólares puedo llenarlo de comida a tope. Y aún me quedaría dinero para unos calcetines.

—Bueno, yo... es que no sé cuánto se acostumbra a dar como anticipo. Puedo darle más, si quiere.

—¿Cinco mil? —aventuró, más bien como broma Brett.

—Oh, sí, de acuerdo.

—¿De veras? ¡Caray! No irá usted a pedirme que mate a alguien, ¿eh?

Rió tontamente, esperando, naturalmente, que la

señorita Marley le seguiría la vieja broma y también sonreiría, aunque sólo fuese por cortesía. Pero la señorita Marley no rió. Continuó mirándolo fijamente, eso fue todo. Brett dejó de reír tontamente, y a su vez se quedó mirándola fijamente. De pronto, ella bajó la mirada, abrió de nuevo el bolso, y sacó un sobre, que tendió a Brett. Este saltó de nuevo de la mesa, tomó el sobre, volvió a sentarse en el borde de la mesa, y sacó el contenido del sobre.

Contó rápidamente los billetes, mientras Carol Marley informaba:

—Hay tres mil dólares nada más, pero puedo entregarle los otros dos mil mañana mismo. Incluso esta tarde, si quiere.

—Escuche —dijo Brett, mirándola hoscamente—, es cierto que maté a un tipo, pero la cosa estaba clara: o yo me lo cargaba a él o él nos liquidaba a mí y a mi cliente. Fue un caso de legítima defensa, y la prueba de que no miento es que no me encarcelaron. Y si me quitaron la licencia fue por un exceso de mala leche.

—Conozco toda la historia, señor Bronson.

—Pues entonces, no entiendo que haya venido aquí a contratarme como asesino. Porque es eso, ¿no?

—No, no, por Dios... Aunque... Bueno, lo cierto es que si yo le pidiera eso sería en legítima defensa también, como su último cliente. Quiero decir que temo que me maten a mí también. Y la verdad, no me hace gracia.

—Eso lo entiendo perfectamente. ¿Quién supone usted que podría querer matarla?

—la misma persona que ya ha asesinado a dos de mis socios, Walter Dobbs y Nancy Palmer. ¿Le suenan

los nombres?

—El de Dobbs, si. Es un sujeto al que le metieron tres onzas de plomo en el vientre, ¿no? Si no recuerdo mal era un sujetó metido en eso del vídeo.

—Era socio mío, señor Bronson. Y lo asesinaron. Nancy Palmer también fue asesinada, pero a usted no le suena eso porque no apareció la noticia en las páginas de delitos, sino en la de accidentes. Apparentemente, Nancy murió debido a un desdichado accidente que se produjo en su propia casa, en el garaje: hubo un cortocircuito en el sistema eléctrico del coche, éste se incendió y Nancy no pudo salir y murió carbonizada dentro del coche, y en su propio garaje.

—Y usted sospecha que ese accidente fue provocado. Que no fue tal accidente, vamos.

—Estoy convencida de que Nancy fue asesinada, aunque no a balazos, como Walter. Primero mataron a Walter, luego a Nancy..., y hace tres noches quisieron matar a otro de mis socios, Martin Robbins: un coche se le echó encima cuando regresaba a pie a su casa, tras adquirir unos cuantos libros en una librería cercana, a la que fue dando un paseo. En la misma librería a la que suele acudir en busca del periódico casi diariamente, dando un paseo, acompañado de su perro. Fue el perro el que se asustó debido al coche, y gracias a eso Martin pudo reaccionar y esquivar la acometida.

—Caray.

—Martin me llamó a casa. Al día siguiente nos reunimos con James Norton, el otro socio, y pensamos que debíamos hacer algo para protegernos de Weston Stapleton.

—¿Quién es Weston Stapleton?

—El propietario de la productora de películas en vídeo Multivideo. La nuestra se llama News Video, y él quiso comprarla hace poco. Le dijimos que no

pensábamos vender las acciones ninguno de nosotros...

—Perdone: ¿quiénes son nosotros?

—Bueno, los cinco socios que entonces teníamos el total de las acciones de la News Video: Nancy Palmer, Walter Dobbs, James Norton, Martin Robbins, y yo. Stapleton insistió mucho en que le vendiéramos la productora, pero nos negamos de un modo rotundo. Poco después asesinaron a Walter, y otras pocas semanas más tarde a Nancy. Hace tres días quisieron aplastar a Martin con un coche... ¡Estoy muy asustada, señor Bronson!

—Lo comprendo. Pero no comprendo que haya acudido a mí. ¿Por qué no le dice a la policía todo eso de

Stapleton, su oferta, y demás detalles?

—Es que no puedo acudir a la policía. Resulta que mi productora está fuera de la ley me he enterado precisamente a raíz del atentado contra Martin Robbins. Cuando nos reunimos con James Norton, los dos hablaron del asunto, y fue cuando me enteré: resulta que sin que Nancy y yo lo supiéramos la productora ha estado haciendo películas pornográficas sin haber adquirido los derechos, y lo mismo con otra clase de películas.

—Atiza —se asombró Brett—. ¿Quiere decir que su productora está ejerciendo eso que llaman piratería? ¿Que están filmando en Video películas a las que no tienen derecho, y que las están vendiendo de contrabando?

—Sí... Sí.

—¡Caray!

—Tengo..., tengo la impresión de que usted se está burlando de mí, señor Bronson.

—Quizá sea como defensa. Resulta que soy yo quien está pensando que me está endosando usted un cuento chino. En cualquier caso, la cosa está bastante complicada, y le aseguro que no seré yo quien se meta en ella. Y menos para cargarme a nadie. ¡Ya tengo suficientes problemas sin eso, se lo aseguro!

—Es que no pretendo que mate usted a nadie. Sólo se trataría de... de darle un susto al señor Stapleton.

—Explíqueme eso, ¿quiere?

—La Multivideo de Weston Stapleton también está haciendo piratería de películas de vídeo, y consecuentemente, contrabando. Envía grandes partidas a todo el país, incluso a Europa. Y sobre todo a cierto lugar de Centroamérica, donde las doblan en español para distribuirlas por todo el continente sudamericano.

—Más o menos es lo que está haciendo también la News Video, ¿no es así?

—Sí —desvió la mirada Carol Marley—, pero yo..., yo tengo intenciones de terminar con eso.

—Dudo que la idea complazca a sus socios Norton y Robbins, señorita Marley. Porque la News Video debe ganar mucho dinero con esa piratería y el subsiguiente contrabando, ¿no es así?

—Sí... La verdad es que sí. Muchísimo dinero. Es por eso que Stapleton nos la quiere comprar. Quiere ser el dueño de las dos productoras.

—Y para conseguirlo se va cargando gente. Realmente es un caso bastante increíble, en conjunto. Y comprendo que no quiera usted meter a la policía en esto, pues sería jugárselo todo. Pero sigo sin entender qué debo hacer yo exactamente.

—Darle un susto a Stapleton.

—Un susto.

—Quiero decir que me gustaría que..., que él comprendiera que nosotros también podemos... causarle daño, lo cual le haría desistir de molestarnos en el futuro.

—O sea, que debo hacer de matón de alquiler.

—¡Usted se toma las cosas de un modo...! Mire, yo no he venido aquí a molestarle. No sabría encontrar por ahí asesinos como los que está utilizando Stapleton, así que tuve que recurrir a mis posibilidades. El caso de usted apareció en la prensa, yo me acordé hace un par de días, y pensé...: que usted podría convencer a Stapleton de que la cosa va en serio. Quiero decir que sin ser usted un matón, pues sé que tiene mucho más estilo, podría convencer a Stapleton de que vamos en serio contra él, considerando... Bueno, quiero decir...

—Considerando que yo ya maté a un tipo con mala leche, que estoy sin trabajo y vetado, y que Stapleton se enterará de eso y comprenderá que por dinero soy capaz de trabajar para los socios de la News Video partiéndole el alma si es necesario.

—Sí... Sí. Pero esto no es cosa de mis socios, es cosa, mía, particular. Ellos no saben que yo he venido a contratarle, señor Bronson.

—Francamente, señorita Marley: su plan me parece bastante pueril. Los tipos como Stapleton no se asustan porque un sujeto como yo vaya a decirles que si se portan mal les darán una zurra en el culito.

—Pero... ¡pero yo no puedo acudir a la policía! ¡Y no conozco a ningún asesino profesional! Yo-yo... creo..., creo que no lo contrataría, pero sí a usted... ¡Tengo tanto miedo!

—Bueno, bueno, cálmese —gruñó Brett, saltando de la mesa y dándole unas palmaditas en el hombro—.

Seguro que existe alguna solución.

—¿No va usted a ayudarme? —fe miró Carol con los ojos muy abiertos y relucientes de lágrimas.

—Ya le he dicho que mi vida está suficientemente complicada. Nada más faltaría ahora que me pillaran en eso del contrabando de películas de vídeo. ¡Ni hablar!

—Pero... pe-pero eso no tiene por qué saberlo nadie... Nadie tiene por qué saber que usted y yo estamos en contacto. Sólo se trata de hacerle comprender a Stapleton que nosotros también podemos perjudicarlo.

¡Estoy segura de que entonces nos dejará en paz y podremos vivir todos tranquilos! Señor Bronson, usted sólo... sólo tiene que hacerle comprender esto veladamente a Stapleton, y ganará cinco mil dólares.

—Sólo por convencer a Stapleton de que no busque más complicaciones.

—Sólo por eso. ¡De verdad!

Los grandes ojos castaños de Carol, que ahora veía Brett que tenían unos, sorprendentes puntitos azulados en el iris, estaban fijos en él, anhelantes. Eran unos ojos, una mirada, capaces de enternecer una barra de acero.

Y además, cinco mil «pavos». Cielos, cinco mil hermosísimos dólares, ¡cinco mil! Esto era tanto como largarse de aquella mierda de apartamento, comprarse algo de ropa, comer, dormir en sábanas limpias, invitar a cenar a alguna chica, comprarse un tocadiscos... Esto sí que lo tenía fastidiado, la falta de un

«hi-fi» para escuchar música clásica. Zapatos nuevos... ¡y con calcetines! O sea, volver a 1a vida normal..., aunque sólo fuese por un tiempo, pues los cinco mil dólares se terminarían un día u otro. Pero... ¿por qué preocuparse por el futuro lejano?

—Señorita Marley —dijo Brett, tras suspirar

hondamente—, acaba de contratar los servicios de un matón.
¡Quién me lo había de decir, que caería tan bajo...!

CAPÍTULO II

La Multivideo Incorporated tenía unas oficinas no elegantes, pero sí suntuosas, en la Sexta Avenida, cerca de Broadway. La secretaria recepcionista también era suntuosa, favorecida por la madre Naturaleza con unas suculencias pectorales que ya de entrada dejaron fascinado a Brett Bronson.

—¿Puedo servirle en algo, señor? —inquirió la muchacha.

Era pelirroja, alta, tremenda. Llevaba un ligero jersey de hilo con escote en punta magníficamente concebido, de modo que sugería, casi mostraba el barranco torácico al que Brett se habría arrojado de cabeza.

La idea que pasó por la mente de Brett fue decirle a la muchacha que era él, así de macho, quien podía servirle a ella, pero le pareció una actitud vulgar e indigna de su nueva posición, de su nuevo traje, de su reciente afeitado. Así que desvió la mirada de las más que tentadoras formas femeninas y miró los verdes y rasgados ojos que le contemplaban con una pizca de desconfianza.

—Puede —dijo Brett—. ¿Será tan amable de anunciarme al señor Stapleton?

Ella se quedó mirándolo ahora con franco asombro. De pronto, soltó una carcajada y exclamó:

—¡Está usted de broma!

Esto mosqueó un poco a Brett, que replicó:

—Si estuviese de broma ya me habría metido con usted y con sus hermosísimos pechos, cariño. A propósito: ¿son de plástico?

—¡Qué..., qué dice usted! —enrojeció el bombón. — ¿Qué tal si le meto mano para asegurarme? Porque a lo mejor mucho presumir de carnes y todo son siliconas.

—¡Es usted un grosero!

—Sólo cuando es de justicia Y si no, vamos a un juez a decirle lo que ha ocurrido, a ver cuál es su veredicto: Llego yo todo educado y oliendo a buena loción, digo una cosa tan vulgar como que deseo ver a un señor, y usted se pitorrea de mí. ¿Qué tal? ¿Eh? ¿A quién cree usted que le daría la razón el juez?

—Bueno —casi tartamudeó la muchacha—, la... la verdad es que no quería molestarle, señor. Simplemente, me ha hecho gracia su pretensión de ver al señor Stapleton.

—¿Le parece una pretensión? ¿Acaso el señor Stapleton es invisible, pongo por caso?

—No, no lo es. Pero viaja mucho. Casi nunca está en Nueva York.

—Ah. ¿Y eso le parece razón suficiente para pitorrearse de mí?

—No ha sido ésa mi intención, de veras. No me reía de usted propiamente, sino del hecho de que alguien viniera aquí, sin cita previa, sin ser, amigo del señor Stapleton ni de nadie de la casa, y quisiera ver al gran jefe.

—Voy comprendiendo. Bien: ¿dónde está en estos momentos el gran jefe Stapleton?

—No lo sé.

Brett ladeó la cabeza y entornó los párpados. Estuvo unos segundos así, contemplando a la belleza

pelirroja, luego, echó un vistazo más detenido en torno. El antedespacho, al que se llegaba directamente en ascensor desde el vestíbulo del edificio, era amplio, tenía moqueta en el suelo y madera en las paredes, lucía buenos cuadros, espléndida iluminación, y un mobiliario caro y confortable. Al fondo, a la izquierda, había una puerta; y al fondo, a la derecha, otras dos puertas.

—Hagamos un trato —dijo Brett, mirando de nuevo a la pelirroja—: Usted me dice la verdad y yo no derribo ninguna puerta.

—¿Está loco? —exclamó ella.

—Mire, yo he venido a, darle un recado al señor Stapleton, así que nadie va a impedirme que lo vea. ¿Cuál es su despacho?

—Le he dicho a usted que él no está en Nueva York...

La pelirroja se atragantó con sus palabras cuando de repente, tras rodear velozmente la mesa, Brett la agarró por la hermosa mata de cabellos, y le forzó la cabeza hacia un lado, en verdad rudamente, con desconsideración.

—Y yo le he dicho que quiero verlo, nena, así que...

—¡Está en Miami, en Miami! —gritó la dolorida muchacha.

—Caray, en Miami-se pasmó Brett—.El metro no llega hasta allá, ¿verdad?

—¡Me está haciendo daño!

—¿Dónde, de Miami? ¿En qué hotel, o dirección particular...? ¿Dónde?

—¡Eso no losé!

—No se las dé de zorra conmigo. ¿Acaso no es usted su secretaria?

—¡Soy una de sus secretarias, nada más!

—Atiza, vaya lujo. ¡Unos tanto y otros tan poco! ¿Cómo se llama usted?

—Candy... ¡Candy Page!

—De acuerdo, Candy Page, haremos otro trato, ya que el primero no ha podido realizarse. Yo la voy a llamar aquí mismo dentro de un par de horas, y usted, que durante ese tiempo se las habrá arreglado para enterarse de la dirección exacta del señor Stapleton, me dirá dónde puedo encontrarlo. De lo contrario me temo que será a usted a quien le rompa unos cuantos huesos, no a él. ¿Me ha entendido, virgo olvidado?

—Sí... ¡Sí, sí!

—De acuerdo, entonces —Brett se inclinó, y besó en la boca a la pelirroja, siempre sujetándola por la cabellera—. Tienes el morrito caliente, corazón, y a mí me gustan los morritos más bien frescos, porque si no da la impresión de que estés mordiendo una salchicha. Bueno, nos hemos entendido, ¿verdad?

—Sí, señor, sí, señor.

—Perfecto. Y te diré algo más: no tengo inconveniente en que adviertas al gran jefe Stapleton de que ando buscándolo para partirle el alma Y otra cosa: ¿son o no son de silicona?

Señaló con la barbilla hacia el pecho de Candy Page, que ahora estaba pálida, y que, evidentemente, no pensaba contestar. Por supuesto que éste no era ni mucho menos el estilo de Brett Bronson, pero

recordó que había contratado su actuación de matón por cinco mil dólares, y decidió que la paga merecía que él se comportase del modo más bestia posible.

Así que, y aprovechando que no parecía que Candy Page pensara contestar a su pregunta, lo averiguó por sí mismo: metió la mano dentro del escote, efectuando una veloz pero convincente exploración mientras la infortunada Candy soltaba un respingo fortísimo que la atragantó de nuevo.

Brett retiró la mano, y le dio unas palmaditas en la espalda.

—Tranquila, que no pasa nada. Hjjita, tienes unos pechos soberbios, eso tengo que admitirlo. ¿Qué tal si tu y yo nos dedicamos un día a admirarlos y a rendirles el homenaje que se merecen? Aunque no sé, no sé...

¿Conoces aquellos versos del poeta romántico Capullolore? A ver cómo eran, a ver... Si, algo así:

"Tetas preciosas, macizas, tetas de mis amores
como no las hay mejores:
¡sólo causáis ojerizas!"

Sí, eran algo así. El hecho cierto es que al trovador poeta le gustaban las cosas, pero sabía que siempre causaban problemas. Tú no me vas a causar problemas a mí, ¿verdad, Candy?

—Usted..., usted es un matón —jadeó la muchacha.

—Dios te favoreció con dos dones: buena vista y buen artefacto mamario. Recuerda: te llamaré dentro de dos horas. Y dale gracias al cielo de que te crea y no se me ocurra entrar en esos despachos. Adiós, Candy. ¡Besos a la abuelita!

La mar de contento con su actuación, Brett Bronson dio media vuelta, y se fue directo al ascensor. En aquel momento se abría la puerta del fondo a la izquierda, y salían tres hombres altos, bien vestidos, de agradable aspecto, que dieron unos saltitos para alcanzar el ascensor al mismo tiempo que Brett. Uno de los sujetos saludó afablemente a Candy.

—Hasta luego, Candy.

Ella no contestó. Las puertas automáticas del ascensor se cerraron, y Brett se encontró en compañía de los tres sujetos, que le miraron amablemente.

—Caramba —dijo uno de ellos—, ¡lleva usted un traje estupendo, amigo!

Brett comenzó a barruntar que la cosa no estaba precisamente simpática. Los tres sujetos le miraban y le sonreían, pero su instinto le decía que algo no estaba funcionando bien. Pese a lo cual, siguió la corriente.

—Es nuevo —informó—. Me ha costado casi quinientos dólares.

—Caracoles, quinientos dólares. ¿Qué te parece, Luke? ¡Quinientos dólares en un traje! Claro que si es de buena calidad, vale la pena.

—A mí no me parece de muy buena calidad —dijo el llamarse Luke—. ¿Tú qué opinas, Roy?

—Hombre, no sé —dijo el otro—. Creo que el que más entiende de estas cosas aquí es Andy. ¿Tú pagarías quinientos dólares por este traje, Andy?

—Seguro que sí. Los vale, los vale.

—A ver, a ver... Dése la vuelta, amigo, que podamos ver bien su traje...

Cuatro manazas cayeron sobre Brett Bronson, le dieron la vuelta colocándolo de cara al espejo del

ascensor, y recorrieron rápidamente su cuerpo en busca de armas. Luego, como enfadados por la decepción sufrida al no encontrar ni un cortaplumas, Luke y Roy asieron los faldones de la chaqueta nueva de Brett, y tiraron cada uno por su lado.

En un instante, la chaqueta quedó convertida en harapos, y acto seguido, Brett fue colocado de nuevo de cara a los tres sujetos. No tuvo la menor opción al ataque, ni a la defensa: un puño enorme y duro como piedra se hundió en su estómago, y otro puño idéntico apareció por un lado y le partió los dos labios de un trastazo tremendo. Otro golpe al estómago dejó a Brett colgando de los brazos que le sujetaban para que Roy pudiera golpearlo a sus anchas, sin problemas de espacio ni interferencias.

Una bofetada le despejó lo suficiente para que recordase algo llamado dignidad y se sostuviera sobre sus piernas. Sentía la sangre deslizándose desde su boca hacia la barbilla y el cuello. Siempre mientras le sujetaban Luke y Roy, Andy machacó cuatro o cinco veces las costillas de Brett, con trallazos que resonaban como disparos en el ascensor, que por cierto ya se había detenido.

Una de las manazas castigadoras asió a Brett por los cabellos, y alzó su rostro.

—Pero, bueno, valiente —dijo con toda amabilidad Andy—, ¿es que no va a reaccionar? ¿Acaso es usted un masoquista al que le gusta recibir leña?

Era una guasa, claro, porque los otros dos seguían sujetando a Brett con una fuerza descomunal, de modo que era imposible que el ex detective privado pudiera defenderse. Aparte de que la acción de los tres sujetos había sido tan rápida, hábil y eficaz que a Brett apenas le sostenían las piernas.

—Me parece que no es muy fuerte —comentó Roy.

—Ni muy valiente —estaba decepcionado Luke—. En cambio, con la pobre Candy sí que era valiente.

—No hagas caso —movió la cabeza Andy—. Hay gente más fantasma que tirarse un pedo con sudario. Y

me parece que el amigo es de esos: un pedo con sudario. ¿Cómo se llama usted, amigo?

El «amigo» estaba pensando en el modo de devolver algo de lo que había recibido, y, medianamente sereno y muy poco fuerte, recordó que no tenía sujetas las piernas, así que, de pronto, intentó golpear con la derecha en los testículos a Andy, que rió y efectuó una impecable esquivia por el simple procedimiento de girar las caderas, de modo que la rodilla de Brett golpeó blandamente en un lado del muslo. La respuesta de Andy fue un bofetón que hizo golpear la cabeza de Brett contra el espejo. Luego, Andy metió la mano bajo la chaqueta de su víctima, sacó la billetera, y examinó la documentación.

—Brett Alvin Bronson —dijo—. Caramba, y toda la billetera está llena de dinero. ¡El señor Bronson es un hombre rico, muchachos!

—Apuesto a que no le importa repartir un poco, entre los pobres —dijo Luke.

—Has ganado la apuesta —dijo Andy, requisando los billetes y metiéndoselos en un bolsillo—. Bien, volvamos al asunto. No sé si ha captado nuestra intención, señor Bronson, o sea, que no queremos que vuelva por aquí a molestar a Candy ni a nadie de la productora. Nosotros hemos estado contemplando su comportamiento por medio de un circuito cerrado de televisión, y nos ha parecido más bien, de marica cobarde. ¿Qué opina de esto?

—Oye, ahora que caigo —se sorprendió Roy—. ¡El señor Bronson no ha dicho ni una sola palabra!

—Quizá es mudo-dijo Luke.

—Cono, que no, que con Candy bien hablaba.

—Es cierto —alzó las cejas Luke—. ¡Vaya si hablaba! Pero a mí no me gustaba nada lo que decía.

—Toma, ni a mí —sentenció Andy—. En fin, cada cual es como es, no vamos ahora a fabricar de nuevo al señor Bronson: él es un fantasma marica hijoputa, y se acabó.

—Deberíamos cortarle los cojones —sugirió Luke.

—No, que le mancharíamos el traje nuevo —rechazó la propuesta Andy—. Pero sí vamos a darle al señor Bronson un último recado para que se acuerde de nosotros y reflexione sobre la conveniencia de volver a aparecer por aquí. ¡Y no digamos la que le espera si se le ocurre molestar al señor Stapleton!

Andy aplicó un pérfido rodillazo a Brett entre las ingles, acertándole de lleno en los testículos. Brett no dijo ni pío: palideció, se encogió, y quedó colgando como un pajarillo de los fortísimos brazos de Luke y "Roy. Andy se volvió, pulsó un botón, y las puertas del ascensor se abrieron al descansillo del estacionamiento subterráneo del edificio.

Sin molestarse en salir del ascensor, Roy y Luke balancearon al desvanecido Brett, y lo arrojaron fuera. El choque contra el suelo de cemento fue tremendo, pero Brett ni se enteró.

* * *

—¿Quiere que llame una ambulancia?

La frase llegó como flotando envuelta en algodones. La oyó perfectamente, pero de momento no la relacionó con él. Un segundo más tarde, de repente, todo volvió a su memoria, y abrió mucho los ojos.

Así fue como Brett Bronson conoció a la muchacha de los cabellos como hebras de oro y los ojos de color cielo. Se quedó mirándola con expresión desorbitada un par de segundos, y luego jadeó roncamente:

—¿Estoy vivo?

—Vivo sí, pero no demasiado —replicó ella—. Creo que lo mejor será que no se mueva mientras aviso una ambulancia

—Nada de eso... ¡Nada de eso!

Ahora sabía más cosas. Por ejemplo, que estaba tendido en el suelo. Se comportó como lo habría hecho en circunstancias y condiciones normales para ponerse en pie, y entonces le pareció que todo su cuerpo se partía en mil pedazos, la cabeza le dio vueltas, y cayó de costado. Una mano deliciosamente fresca se apoyó en su frente.

—Estoy bien —acertó a decir—. No avise a nadie.

—Usted dirá lo que quiera, pero no está bien. ¿Qué le ha ocurrido? ¿Le han atracado aquí abajo?

Brett aspiró hondo, y volvió a moverse. La muchacha le ayudó a sentarse. Ella estaba ahora acucillada ante él, mirándole entré preocupada e intrigada. No era una chica de esas guapas de película tipo muñeca, pero tenía algo..., algo especial.

—¿Quién es usted? —preguntó Brett.

—¡Esta a que es buena! —exclamó ella—. ¡Estoy intentando ayudarle y usted se pone, a interrogarme! Mire, si me dice cuál es su coche le ayudaré a llegar a él, ya que no quiere una ambulancia, pero de eso a entablar relaciones sociales la cosa cambia.

—Está bien, está bien —gruñó Brett—. Ayúdeme a ponerme en pie, ¿quiere?

Ella le ayudó. Por unos segundos, Brett estuvo seguro de que se hallaba practicando el surfing, pero finalmente el suelo dejó de moverse, y entonces Brett se encontró abrazando a la rubia por los hombros, apoyándose descaradamente en ella.

—¿Hacia dónde está su coche? —insistió ella.

—No tengo coche.

—Pues usted dirá qué hacemos.

—Utilicemos el suyo.

—¿Para qué?

—Para sacarme de aquí.

—Usted debe estar bromeando. ¿Pretende que le meta en mi coche, tal como está, hecho trizas y sangrando? ¡No tengo ganas de complicarme la vida!

—De acuerdo, de acuerdo —gruñó Brett—. En ese caso, lárguese y déjeme en paz, eso es todo.

—Lo mejor sería llamar...

—¡Que me deje en paz, leche!

Ella lo soltó, le miró de arriba abajo, movió la cabeza, y, sin más contemplaciones, llamó el ascensor, que descendió raudamente. Se metió dentro, las puertas se cerraron, y Brett quedó solo y en paz, tal como deseaba.

Perfecto. Maravilloso.

Acababan de darle la paliza de su vida, le dolía todo, se había quedado de nuevo sin dinero, su traje estaba para tirarlo a la basura..., y encima no había visto ni en sombra a Weston Stapleton y tres tipos se habían pitorreado de él.

Maravilloso.

La idea de utilizar él también el ascensor pasó por su mente, pero se imaginó la escena: él aparecía en el lujoso vestíbulo del edificio destinado a oficinas, donde siempre había gente y un conserje. Y por cierto que no aparecería en plan triunfador. Seguro que alguien llamaría a la policía al verlo en aquel estado. Es más, si no recordaba mal había visto un par de agentes de uniforme en el vestíbulo y

—Maldita sea-jadeó.

Abandonó el descansillo ante el ascensor y apareció en la zona de estacionamiento. No había nadie ni se oía nada allá, en aquel momento. ¿Qué tal si robaba un coche y se largaba de allí con un mínimo de confort y llamando lo menos posible la atención? O sea, que se estaba complicando la vida.

Oyó el rechinar de unos neumáticos, y se apresuró a esconderse detrás de uno de los coches estacionados. Llegó un coche grande y oscuro, vulgar, que se detuvo muy cerca de él. Para su asombro, del coche se apeó la muchacha rubia, que en un instante desapareció hacia el descansillo cerrado del ascensor. Reapareció en seguida, mirando a todos lados, entre desconcertada y vigilante.

—¡Eh! —llamó Brett— ¡Pssst!

La muchacha lo localizó en seguida, y fue hacia allá.

—¿Qué hace ahí? —exclamó.

—Iba a robar un coche.

—Vamos, déjese de tonterías. Suba al mío.

Brett se acercó a ella, caminando como si estuviera sosteniendo un melón entre sus muslos. La rubia se llevó una mano a la boca, y Brett experimentó un tremendo cabreo.

—¿Qué es lo que le hace tanta gracia?—gruñó.

—Perdone. Es que camina de un modo...

—¡Ya veríamos cómo caminaría usted si le hubieran roto los huevos a patadas!

Ella volvió a reír, y Brett soltó una maldición de lo más feo. Luego miró con más atención a la muchacha, y de repente sonrió.

—Usted me gusta — dijo— Y es curioso, porque es flaca y además no se puede decir que sea una preciosidad.

—Le convendría a usted verse al espejo, ¿sabe? — replicó ella con irritación—. ¡A ver si se cree que es el Príncipe Azul!

—Bueno, bueno, no se enfade. Hoy no es mi día. Creía que sí, porque me había comprado un traje nuevo y calcetines, pero decididamente no es mi día.

—Me parece que tampoco es el mío. Dígame adonde le llevo y terminemos... ¡Y me gustaría que alguien me dijera por qué me estoy complicando la vida por usted! Bien, ¿adonde le llevo?

—No tengo adonde ir. Tenía un apartamento que era una pocilga, pero como ayer conseguí un dinero me

fui a dormir a un hotel con sábanas limpias, y ya no puedo volver al apartamento de antes. O sea, que no tengo adonde ir.

—Dios bendito... ¿Y qué hago yo ahora con usted?

CAPÍTULO III

—¿Se siente mejor? —preguntó ella.

—Caray-dijo Brett—. ¡Caray!

—Supongo que eso quiere decir que sí —rió la muchacha, acercando el taburete a la bañera y sentándose junto a ésta, como si Brett fuese un espectáculo digno de ser contemplado largamente durante el baño—. Un baño caliente siempre sienta bien. No se le ve tan estropeado como me temía.

—Tengo los labios partidos, los costados llenos de hematomas, y, con perdón, los huevos hinchados.

—Todo pasa en la vida. He preparado algo de almuerzo, pero quizá le repugne la idea de comer. ¿Prefiere descansar un rato en mi cama?

—¿Solo?

—Claro. Vamos, no sea fanfarrón, no está en condiciones de acostarse acompañado.

—Entonces prefiero comer algo. Aunque no se lo crea tengo apetito. ¿Sabe lo que me haría muy feliz ahora?

—¿Qué?

—Un cigarrillo y una botella de whisky.

—¿Ahora? Es la una del mediodía.

—¿Y qué?

La muchacha encogió los hombros, se puso en pie, y saltó del cuarto de baño. Brett suspiró, y se relajó

dentro de la bañera, envuelto en la gratificante sensación del agua caliente. Caray si se estaba bien allí,
¡caray!

La rubita apareció con una botella de whisky y dos cigarrillos ya encendidos, uno de los cuales tendió a Brett, que sacudió la mano y lo tomó cuidadosamente, fumando todavía más cuidadosamente por un lado de la boca. Luego miró la botella que sostenía la rubita, la tomó, y se echó a la boca un buen chorro, evitando que le tocara los partidos labios.

—Caray —aulló—. ¡Caray!

—Me parece que sí se encuentra mejor —rió ella.

—Si no fuera por lo de la entrepierna me sentiría divino. Oiga, ¡todavía no sé cómo se llama!

—Tampoco yo sé cómo Se llama usted.

—Brett Bronson.

—Rita Gardiner.

—Hola, Rita.

—Hola, Brett.

—Y dime una cosa, Rita: ¿qué hace una chica como tú con un tipo como éste? —se tocó el pecho Con un pulgar.

Ella se echó a reír una vez más.

—¡Hago mi buena obra del día!

—O sea, que no eres una buscona, ni una excéntrica, ni nada digno de desprecio.

—No. ¿Y tú?

—Bueno:., tengo mis dudas —movió la cabeza Brett —. La verdad es que lo que me ha ocurrido ha sido justo. Me lo he merecido. Uno nunca debe salirse de su estilo, ¿comprendes?

—No mucho.

—Quiero decir que si uno, normalmente, es educado y serio, no debe andar por ahí haciéndose el grosero y el matón. Pero bueno, no creo que quieras que té cuente mi vida. En serio: ¿por qué me has traído a tu casa?

—No hago mal a nadie, y me caíste bien.

Brett se quedó mirándola. Era delgadita, pero tenía algo... No era bonita, pero su boca era gordita, y sus ojos azules parecían llenos de chispas. El cabello era de hilos de oro, seguro. Los pechitos pequeños, eso sí. Pero...

—¿Porqué me miras así?—murmuró ella.

—Esta es una situación insólita, ¿no te parece?

—Sí. Pero... ¿a quién le importa?

Brett alzó un pulgar, dándole la razón por completo a Rita Gardiner.

—¿A qué te dedicas? —preguntó.

—Trabajo en un despacho. ¿Y tú?

—Yo era detective privado, pero un día maté a un tipo y eso me costó la licencia. Ahora me dedico a ser un desgraciado.

—¡No te irás a poner a llorar!

—Debería hacerlo —frunció el ceño Brett—, pero cuando te haces mayor, eso no está bien visto. Y me pregunto por qué. ¿Cuál es la diferencia entre ser niño o adulto si la vida te trata mal? Al contrario, está más justificado llorar de adulto, pues ya nadie te cuida ni protege, te las has de arreglar solo. En cambio, cuando eres niño siempre está allí mamá para consolarte. ¿No estás de acuerdo?

—Si te vas a sentir mejor llorando, por mí está bien.

—Prefiero comer algo. Y telefonar. No está bien que te comprometa, de modo que voy a hacer una llamada que arreglara la situación. Interpreto que no estás casada, pero quizá tengas novio o amante.

—Quizá. Si sigues bebiendo whisky caerás redondo.

—Tienes tazón... ¿Me ayudas a salir de aquí?

Dejó la botella en el suelo junto a la bañera, tiró el resto del cigarrillo al cercano inodoro, y miró a Rita, que se puso en pie, y tendió los brazos. Le ayudó a ponerse en pie y luego a salir de la bañera, humeante el cuerpo dolorido.

—No los tienes hinchados —dijo.

—Pero me duelen un horror, lo juro. ¡Y mira qué cara tengo! —exclamó, señalando hacia el espejo con la barbilla.

—Son pequeños desperfectos —dijo ella—. Eres un quejica, ¿sabes?

—Nada de eso. Pero con lo feo que soy nada más me falta que me deterioren las facciones. ¡La madre que...! No sé si los viste.

—¿A quiénes?

—A los tres tíos que me zumbaron: así de altos, con manos como sartenes y con más músculos que una jaula llena de gatos.

—O sea, que te atracaron.

—Bueno, algo así. Me vieron, con un traje nuevo, pensaron que estaba lleno de pasta por todos lados, y...
¡hala!

—Yo creía que los detectives privados siempre ganaban la partida.

—A la larga — b miró fijamente Brett—. A la larga siempre, Rita. Te apuesto cinco centavos a que soy capaz de llegar por mi propio pie al teléfono.

Ella retiró el brazo que había pasado por la cintura de él, y le tendió una toalla grande, con la que Brett se envolvió. Salió descalzo del cuarto de baño, y segundos después se dejaba caer en el sofá de la salita, frente al cual estaba la mesa baja con el teléfono.

No encontró a Carol Marley en el número que ella le había facilitado el día anterior, y dejó recado de que ella le llamara en cuanto pudiera al de Rita Gardiner, que informó a la sirvienta de Carol. Mientras ocurría esto, Rita había traído el almuerzo de la cocina, colocándolo sobre la mesa redonda del rincón. Brett colgó el auricular, y se acercó, con caminar precavido.

—¡Caray, qué buen aspecto tienen estos bocadillos, tú! Y la ensalada todavía más. ¿Todo lo has preparado tú solita?

—Yo no tengo sirvienta—replicó Rita.

—Toma, ¡ni yo! Ah, lo dices por mi llamada... Bueno, cada cual se las arregla como puede.

Carol Marley llamó al teléfono de Rita casi media hora más tarde, cuando habían terminado de almorzar y Brett estaba a punto de dormirse sentado en el sofá, todavía envuelto en la toalla. La conversación no fue larga, pero sí clara: Brett quería ver a Carol, y ésta accedió a ello, pero citándose en un motel alejado, al que Brett llegaría en un taxi, costase lo que costase, pues ella le estaría esperando con dinero, alojada en una de las cabañas con el poético nombre de Mary Smith. Él llegaría, le pediría el dinero, pagaría al taxista, y asunto concluido.

—Y lléveme allá un jersey, o una chaqueta —terminó la conversación Brett—. No me gusta llamar la atención.

Colgó, quedó pensativo, y de pronto miró a Rita, que le contemplaba muy atentamente.

—Bueno — murmuró—, tengo qué marcharme.

—Adiós.

Brett fue al cuarto de baño, recogió sus ropas, y se las puso, excepto la chaqueta, que arrastró por el suelo hasta la salita, donde esperaba Rita.

—¿No tienes que ir a trabajar? —preguntó Brett.

—Estoy de vacaciones.

—¡Qué suerte! Bien... Bueno, me voy.

—Adiós otra vez.

—Adiós.

—Adiós.

—Gracias por todo. Mmm... Tal vez volvamos a vernos.

—Tal vez.

—Sí, tal vez. Adiós, Rita.

* * *

—Pues no se puede decir que haya tenido usted un gran éxito—murmuró Carol.

—No —gruñó Brett—, no puede decirse eso, ciertamente. Me han pegado una paliza, me han birlado más de dos mil dólares, y ni siquiera he conseguido ver a Stapleton. Mientras tanto, seguro que a él ya le han dicho que un tal Brett Bronson anda buscándolo, y posiblemente saque sus conclusiones. De todos modos, si usted quiere, voy a Miami y le doy el susto a Stapleton.

—¿Cree que podrá, señor Bronson? No crea que pretendo menospreciarle ahora, pero tal como han ido las cosas quizá sería mejor que desistiéramos... ¡No sé cómo se me pudo ocurrir semejante tontería...!

—De modo que ahora quiere dejarlo —farfulló Brett.

—No deseo que vuelvan a lastimarle a usted —desvió Carol la mirada—. Quizá debería recurrir a la policía, pase lo que pase.

La escena del ascensor pareció estallar en la mente de Brett, provocándole algo así como la combustión ferocísima de toda su sangre.

—Nada de policía —masculló—. Todo lo que tengo que hacer es descansar un par de días antes de ir a Miami a partirle la cara a Stapleton. Tu idea era una majadería desde el primer momento, yo he sido un idiota congénito..., pero ahora las cosas merecen mi interés personal. Y si vas a preguntarme si soy rencoroso, pues sí, lo soy. ¡Y mucho! Tal vez yo no fui precisamente un héroe comportándome de aquel modo con Candy, pero ellos tres fueron unos cabronazos a los que nunca podré olvidar.

De pie junto a la ventana de la cabaña (alquilada por Carol con el nombre de Mary Smith y utilizando una peluca rubia para ocultar su fisonomía exacta), Brett Bronson se volvió a mirar al exterior. Era un bonito y acogedor motel, llamado Rainbow y sito en Long Island, muy cerca de la playa, en las proximidades de la localidad de Huntington. El ambiente era tranquilo y discreto. A la sombra de un árbol estaba el coche de Carol...

—Siento mucho haberte metido en esto, Brett.

Este volvió la cabeza para mirar a Carol, que estaba ahora a su lado, mirándolo intensamente. Durante un par de segundos, Brett no supo cómo interpretar aquella mirada directa, y fija. Luego, pensó que aquél había sido un día malo hasta entonces, pero que quizá podría arreglarse, mejorarse un poco. Bueno, podía equivocarse con respecto al significado de la mirada de Carol Marley, pero tampoco sería una tragedia: Simplemente, un fracaso más en aquel día negro.

Cuando le puso las manos en los hombros, ella no se movió. Ni se movió cuando, muy despacio, Brett comenzó a quitarle el vestido.

* * *

—Me gustaría quedarme toda la noche contigo, Brett, pero no puedo hacerlo.

—¿Porqué no?

—Convinimos con mis socios James Norton y Martin Robbins que, especialmente por las noches, estrenamos todos fácilmente localizables, por si alguno necesitaba ayuda o cualquier cosa... No quisiera que uno de ellos pudiera llegar a necesitarme y fallarle.

—Estáis muy asustados, ¿no es eso?

—Ya sabes que sí. De otro modo no habría recurrido a ti. ¡Pero siento tanto haberte involucrado en esto...!

—¿De veras? —sonrió simpáticamente Brett.

Carol Marley se sonrojó ligeramente, pero por cierto no de timidez, sino de placer. Desde que se reuniera con Brett, y tras los primeros quince minutos de explicaciones, había estado en la cama con él, y ahora, ya noche cerrada, permanecían uno al lado del otro, ambos desnudos, más que satisfechos de

sus relaciones tan insólitamente iniciadas.

Tras el sonrojo, Carol rió dulcemente, y acarició a Brett.

—Lo que quiero decir es que siento lo que te han hecho esos matones de Stapleton —puntualizó—, pero no haberte conocido. No será fácil que olvide esta tarde, Brett.

—Podemos repetir los mismos juegos siempre que quieras.

—¿Mañana? —alzó ella las cejas.

—Por mí encantado.

—¿No será demasiada sesión continúa para ti? —rió de nuevo la encantadora Carol.

—Podemos ir probando hasta que la palme.

—¡No hables así!

—He querido decir hasta que me muera.

—Sí, sí, ya sé. No he querido decir que no emplees términos vulgares, sino que no hables de la muerte... ¡Oh, Brett, tendríamos que hacer algo..., positivo, algo definitivo!

—Bueno, lo que se me ocurre es que puedo ir a Miami y cargarme a Stapleton, simplemente.

Carol Marley se sentó de un salto en la cama, haciendo vibrar toda su bellísima anatomía. Sus ojos

parecían a punto de saltar de las órbitas.

—¿Lo harías? —gritó.

—Claro que no, mujer —farfulló Brett—. Una cosa es partírle la cara a un tipo y otra cosa es cargárselo. No quiero repetirte más que aquel sujeto al que maté nos iba a matar a mí y a mi cliente. Eso fue legítima defensa.

—Me habías asustado —Carol se llevó una mano deliciosamente manicurada al hermosísimo pecho—. ¡Pero sí me gustaría que Stapleton recibiera una buena lección!

—Estudiaremos el asunto. Igual tomo el avión y me planto en Miami de un salto. ¡Mecachis! —él también se sentó en la cama de un salto—. ¡Le dije a la puta que la llamaría y no lo he hecho!

—¿Qué... qué puta?

—La secretaria pelirroja. Le dije...

—¿Es una puta? —abrió de nuevo mucho los ojos Carol.

—Pues no lo sé. Lo que pasa —Brett besó en un hombro a Carol— es que a mí el nombre de Candy siempre me ha parecido nombre de puta. Y no me preguntes por qué, ya que no tengo ni idea. O quizá sí... Quizá sea desde que siendo jovencito leí una novela en la que el personaje femenino se llamaba Candy y era más puta que una culebra.

—¡No sabía que las culebras fuesen putas! —rió Carol.

—Claro que lo son. Imagínate la de huevos que ponen... ¿Tú sabes cuántos huevos pone una culebra?

—No... ¡Ni idea!

—Bueno, yo tampoco, pero sé que son bastantes. Y

me pregunto yo si un culebro puede fabricarle tantos huevos, o sea, tantos fetos a una culebra. No, ¿verdad? Pues entonces quiere decir que para la gran puesta de huevos de una culebra han intervenido muchos culebros que la han fecundado. ¡Y no me digas que no es ser puta andar con el cuerpo lleno de huevos de varios machos!

—¿Cómo se te pueden ocurrir tantas tonterías? —reía de buena gana Carol, sofocada.

—Loca imaginación de desquiciado, Carol; cuando ríes de ese modo me pones de nuevo en órbita.

—¿Qué quieres decir? —respingó ella—. ¡Oh, no, Brett...! ¡Tengo que marcharme!

—Dentro de unos minutos —susurró él, empujándola sobre la cama.

Minutos después, ambos olvidados de todo, sólo se oían los dulces gemidos de Carol Marley...

* * *

—¡Ahora sí que me voy! —exclamó Carol, saltando de la cama, esquivando el intento de agarre de Brett—. ¡Y no me tientes de nuevo, Brett!

—No he dicho nada-sonrió el ex detective.

—Mejor así.

Carol entró en el cuarto de baño, del que salió pocos minutos más tarde. Brett seguía en la cama, tumbado, con un cigarrillo colgado en una comisura de la boca, disfrutando del más bello espectáculo del

mundo: una hermosa mujer vistiéndose tras hacer el amor horas y horas...

—¿Por qué tenías que llamar a la... puta? —preguntó de pronto Carol.

—Ah, si. Le dije que la llamaría para que me dijera exactamente dónde de Miami está Stapleton.

—Pues ahora no vas a poder llamarla, porque no son horas de oficina.

—Claro —asintió Brett—. Puede que mañana me dé otro paseo por la Multivideo.

—¡Claro que no! —se sobresaltó Carol—. ¡Esos hombres seguramente están allí todos los días!.

—Me temo que sí. Y además divirtiéndose con televisión en circuito cerrado, viendo lo que pasa con Candy. A lo mejor hasta filmaron un vídeo con mi desastrosa actuación. Bueno, no sé, creo que dedicaré buena parte de la noche, a pensar. Quizá llame por la mañana a Candy, aunque no creo asustarla ni convencerla para que me diga dónde puedo encontrar a Stapleton.

—Brett, si vas allá, ten cuidado —susurró Carol—. ¡Esos hombres incluso podrían estar armados!

—Claro que lo están —masculló Brett—. Son pistoleros, cariño. Muy elegantes y simpáticos, pero pistoleros. Guardaespaldas de alto nivel, para definirlos mejor.

—¿Tú tienes algún arma?

—¿Yo? No. Me la requisaron.

—Pues entonces, ni se te ocurra acercarte por allí, sin armas. Al menos te serviría para tenerlos a raya... Yo tengo en casa una pistolita... Bueno, casi es un juguete, pero si la necesitas...

—Me imagino qué clase de pistola es ésa, y no sirve

para nada. A menos que metas la bala entre las cejas del otro, claro. No te preocupes, sé dónde conseguir una, pistola de verdad si es necesario. Uno todavía tiene algunos amigos, ¿sabes?

—Pues sería mejor que consiguieras una pistola —Carol se mordió los labios—. ¡Pero qué estoy diciendo! Lo mejor sería que dejáramos el asunto. Quizá convendría avisar a la policía, pase lo que pase.

—Déjame hacer otro intento cerca de Stapleton.

Ella titubeó visiblemente. Terminó por abrir el bolso, sacar un fajo de billetes, y dejarlo sobre la mesita de noche, sin hacer ningún comentario. Luego fue de nuevo al cuarto de baño, del cual salió con la peluca rubia puesta, y con unas gafas de cristales oscuros en una mano.

Se acercó a la cama, se inclinó sobre Brett, y lo besó en los labios.

—Adiós —susurró—. ¿Te duelen los labios?

—Sólo cuando no beso— murmuró Brett.

—No me llames si no es necesario, recuerda —dijo ella—. Yo te llamaré aquí en cuanto pueda.

—Okay.

—Hasta mañana.

—Hasta mañana, señorita Smith.

Carol rió, le tiró un beso desde la puerta del dormitorio, y desapareció. Brett oyó la puerta de la cabaña al cerrarse.

Luego, lejano, apenas audible y sólo por un par de segundos, oyó el motor del coche de Carol.

Esperó todavía un par de minutos, y salió de la cama. Debían ser por lo menos las nueve de la noche. Caminó unos pasos por el dormitorio, hasta asegurarse de que estaba en condiciones de andar, aunque le doliese todo el cuerpo. Lo estaba.

Segundos después pedía un taxi por teléfono.

CAPÍTULO IV

Carol detuvo suavemente el coche dentro del garaje de su casa, cerró tras ella la puerta, utilizando el mando a distancia, y apagó el motor y las luces de posición. Eran casi las nueve y media de la noche, es decir, que había tardado aproximadamente media hora en llegar desde el motel a la Avenida B, en Manhattan, cerca de Thompkins Square, donde tenía su casa. Una casa demasiado grande para ella sola, con jardín delantero y amplio garaje e incluso una espaciosa bodega...

Encendidas automáticamente, las luces del garaje mostraron la repentina aparición de un hombre ante el coche de Carol, la cual mostró sorpresa, pero no se asustó. El hombre debía tener unos treinta y cinco años, era alto, atractivo, de complexión atlética, y vestía con sobria elegancia. Este hombre abrió la portezuela delantera derecha del coche de Carol, y se sentó junto a ella, que susurró:

—No has debido venir, Weston.

Weston Stapleton sonrió prietamente, atrajo a Carol, y la besó en la boca, en la cual introdujo la lengua; al mismo tiempo su mano libre se deslizaba sobre el torso femenino, apretando codiciosamente los pechos y bajando luego hacia la cadera...

Ella fue la que cortó el beso, suspirando fuertemente. Emitió una risita deliciosamente

lúbrica.

—¿Qué te pasa? —se regocijó—. ¡Vienes muy quemado de Miami. Debe ser del sol.

—Vengo quemado porque no podía estar más tiempo sin ti.

—¡Oh, vamos, Weston...!

—¿De dónde vienes?

—¡Vaya una pregunta! —rió de nuevo ella—. ¡De acostarme con varios hombres, si te parece! Vengo de cenar por ahí, y luego he estado en el cine... ¿Vas a interrogarme?

Weston Stapleton, que la miraba fijamente, movió la cabeza, le acarició de nuevo los pechos, y la besó ahora más brevemente en la boca. Ella le hizo una caricia que lo estremeció, pero al mismo tiempo insistió:

—No deberías estar aquí. Alguien podría verte conmigo.

—Tenía que hablarte, y no iba a utilizar el teléfono. ¿Sabes que un tipo me anda buscando?

—¿Qué? ¡No comprendo!

—Un sujeto llamado Brett Bronson. Estuvo esta mañana en la productora..., en las oficinas, y maltrató a Candy. Los muchachos le estaban viendo por el circuito cerrado de televisión, pero no salieron porque preferían atrapar al tipo en el ascensor, camino del estacionamiento. Y así lo hicieron. Le dieron una paliza y le advirtieron seriamente que si volvía a molestar el disgusto iba a ser más serio. Luego, me llamaron a Miami para explicarme el asunto, y en cuanto pude tomé un avión. Llegué a Nueva York hacia las siete, y vine a esperarte aquí.

—¿Por qué? ¿Para qué?

—Pensé que quizá sabrías algo de ese Brett Bronson.

—¿Yo? —se pasmó magistralmente Carol—. ¡Pero...!

—No me has entendido. O no me he explicado bien. He querido decir que quizá a ese sujeto lo han contratado tus socios, y tú sabes algo de eso.

—¡Te habría avisado si hubiera sabido algo!

—Sí... Claro. Los muchachos han hecho algunas averiguaciones sobre ese Bronson. Resulta que es un detective privado al que le retiraron la licencia por matar a un tipo. Quiero decir que no es matón de tres al cuarto, sino un sujeto que sabe cómo liquidar a la gente, y no le preocupa demasiado hacerlo.

—¿Estás asustado?

—Me gustaría saber a qué atenerme, más que nada. ¿Estás segura de que tus socios no son quienes han contratado a ese Bronson?

—Estoy segura de que a mí no me han dicho nada al respecto —aclaró Carol—, no de que no lo hayan hecho. Puede que sí. Al fin y al cabo ellos también están asustados: nos hemos cargado a Dobbs a balazos, matamos a Nancy con el truco del coche accidentado por cortocircuito, y hemos intentado aplastar a Robbins con un coche. Hay para estar asustados, ¿no? Y no me sorprendería que hubieran contratado a ese Bronson.

—Tendrías que enterarte, y enterarte de dónde anda metido Bronson. Si yo hubiera estado aquí no se habría quedado con sólo una paliza, puedes estar segura: no me gusta que alguien ande por ahí suelto dispuesto a molestarme.

—Quizá insista en ello —sonrió Carol—, y entonces podrás encargarte de él. Aunque si los muchachos le dieron una paliza quizá no se deje ver cerca de ti mientras ellos tres estén cerca. Si quieres que él se te

acerque para tenerlo a tiro tendrás que darle alguna facilidad.

—No me hace nada de gracia, pero pensaré en ello. Bien, de modo que fallaste con lo de Robbins... Tan bien que lo planeamos para que lo hicieras cuando yo estuviera fuera, a fin de desviar las sospechas de mí por si alguien tenía esos pensamientos, y fallaste. Utilizarías, al menos, un coche robado.

—Claro.

—¿Tuviste dificultad en robarlo?

—No, no. Me enseñaste bien cómo hacerlo, no tuve problemas en ese sentido.

—¿Y utilizaste guantes?

—Claro que sí. ¡Vamos, Weston, no soy ninguna tonta!

—Ya sé que no, pero estamos haciendo un juego demasiado peligroso para quedarnos para nosotros solos la News Video y la Multivideo... Demasiado peligroso. Lo de matar a balazos a Walter Dobbs pudo ser interpretado por la policía como un ajuste de cuentas, un atraco, o cualquier cosa personal, lo de Nancy Palmer abrasada en su propio garaje dentro de un coche, un accidente, provocado de modo fortuito: una avería, eso es todo. Matar a Robbins con un coche robado también puede ser un accidente..., pero ya van siendo demasiados socios tuyos muertos..., y la policía no es tonta, te lo aseguro.

—Si seguimos haciendo las cosas bien no sospecharán de nosotros.

—Esperemos que no. ¿Vas a insistir en matar a Robbins con un coche robado?

—De momento dejaré tranquilo a Robbins, pues está sobre aviso, como es lógico. También debe estarlo James Norton, pero menos: él no había visto un coche echándosele encima. Creo que debería dejar tranquilo por ahora a Robbins y dedicarme a Norton. Pero ya que has vuelto podrías ayudarme. ¡Es muy duro hacer estas cosas una sola, Weston!

—Sí..., lo comprendo. ¿Cómo podría ayudarte?

—Pensaré en ello y te llamaré a tu número privado desde una cabina. Pero eso será mañana.

—Nos quedan por eliminar Robbins y Norton —frunció el ceño Weston Stapleton—. Tenemos que hacerlo pronto y bien. Sobre todo, bien.

—Ya te he dicho que me dejes pensar en ello.

—De acuerdo, de acuerdo. ¿Puedo subir contigo?

—¿Adonde? —se sorprendió Carol.

—A tu dormitorio. A pasar la noche contigo.

—¿Estás loco? —exclamó la bellísima Carol—. Weston, hay en casa dos criados que viven conmigo. ¿No comprendes que no puedes entrar en casa, que por el momento no nos interesa que nos vean juntos en sitio alguno? ¡Y menos en circunstancias de intimidad! Sería desastroso si más adelante la policía sospechara de nosotros, lo que no sería de extrañar. Así que debemos mantenernos como rivales que ni siquiera se hablan, que nunca se ven... Más adelante, cuando todos mis socios estén muertos y yo sea la única propietaria de la productora ya simularemos un acercamiento lento, el inicio de unas buenas relaciones, una simpatía mutua que irá aumentando... Todo eso... ¡Pero ahora ni soñar de correr el menor riesgo de que nos vea juntos nadie!

—Tienes razón, lo sé —masculló Stapleton—, ¡pero tengo tantos deseos de hacer el amor contigo!

—Lo hemos hecho muchas veces antes de ahora, y volveremos a hacerlo. Pero, Weston, hasta que podamos relacionarnos abiertamente siempre tendremos que hacerlo a escondidas y con mucho cuidado.

—Podríamos vernos mañana, en algún motel, o en tu cabaña del lago, como otras veces.

—No sé... Me atrae la idea, pero no sé. Creo que antes de eso deberíamos asegurarnos de que James Norton también ha dejado de ser una molestia. Esta noche pensaré en el modo de matarlo entre los dos, y ya te llamaré. ¡Tendrás que ayudarme!

—Está bien. Carol...

Volvió a atraerla, acariciándola ansiosamente, besándola en la boca. Ella correspondía haciéndole caricias que, finalmente, lo excitaron a tope. Apartó su boca de la de ella y jadeó:

—Vamos al asiento de atrás.

—No... ¡Weston, no!

—No puedes negármelo.;; He estado varios días en Miami como coartada, y sólo pensaba en ti... ¡No puedes negármelo!

—Y tú no puedes tratarme así, como si fuese... una golfa o una jovencita atolondrada, para hacerlo en el coche.

—¡No debes interpretarlo de ese modo! —rechazó Weston Stapleton—. Precisamente, si fueses eso que has dicho no te lo pediría, no querría saber nada contigo... ¡Carol, te amo!

—Sí, cariño, pero...

—¡Por favor!

La volvió a besar, apasionadamente, casi brutalmente. Carol apartó la boca cuando pudo, y exclamó, con risa en la garganta:

—¡Eres un salvaje! ¡Estás consiguiendo que yo también...!

—¡Carol, hagámoslo! Luego me iré, nadie me habrá visto contigo, ni tus criados siquiera... ¡Hagámoslo!

—Estás... estás abusando de que yo también... te amo...

Stapleton soltó un bramido ahogado, salió del coche, y lo rodeó. Abrió la portezuela del lado de [Carol Marley y la de atrás del mismo lado. Tomó a Carol de las manos y tiró de ella, haciéndola salir, y empujándola luego a la parte de atrás. Entró con ella, la abrazó, y comenzó a apartarle la ropa. Poco después, avasallada por el ímpetu masculino, Carol Marley pensaba en Brett Bronson y en su idea respecto a las muchachas llamadas Candy. Si la hubiera visto a ella seguramente la habría llamado Candy...

* * *

Candy estaba viendo la televisión cuando sonó el timbre de la puerta de su apartamento. En absoluto fastidiada, pues el programa no era precisamente maravilloso, se puso en pie y salió de la salita, en la que por toda iluminación estaba la de los colores de la pequeña pantalla y la de una pequeña lamparita sobre una repisa del mueble-librería.

En pantuflas de imitación de armiño,

completamente desnuda bajo la fina bata sedosa, recién duchada y lista para acostarse, Candy se llevó una tremenda sorpresa cuando abrió la puerta: no era su vecina, que, como algunas veces, venia a pedir algo.

—¡Oh! —exclamó; y en seguida, como si la exclamación no fuese suficiente, insistió—; ¡Oh, Dios mío!

—Hola, Candy, putón —sonrió Brett Bronson.

Candy Page reaccionó, intentando cerrar la puerta velozmente, con fuerza; pero el ex detective era un gato demasiado viejo para que le diesen esquinazo de modo tan ingenuo. Simplemente, ya estaba colocando la mano de modo que detuvo la puerta, y luego, sin brusquedad, pero con firmeza incontenible, empujó, terminó de abrir, entró y cerró tras él. Candy le miraba con los ojos muy abiertos, asustada la expresión.

—¿Estabas haciendo algo importante, como el amor, por ejemplo? —preguntó amablemente Brett.

—No... No. Estaba, estaba viendo la televisión.

—Cosa tonta donde las haya. Bueno, ¿qué tal? ¿Me convidas a un trago? .

—Es que... estoy sola...

—¡Toma, y yo también! Pero ahora ya no estamos solos ni tú ni yo: nos tenemos el uno al otro. ¿No te parece emocionante y romántico?

—Escuche, señor Bronson, Ya..., yo no tuve nada que ver con aquello. Usted..., usted fue quien llegó a las oficinas buscando camorra...

—Pero bueno, ¿qué te has creído? —masculló Brett—. ¿Que he venido aquí a vengar mis agravios en una mujer? Escucha, yo no soy un cabrón de ese calibre, ¿entiendes? Yo he venido aquí a charlar un ratito contigo, eso es todo. ¿Vas a negarle un trago a una persona amable que viene en plan amistoso?

Candy titubeó.

—¿Cómo me ha encontrado?—inquirió.

—Mujer, ¡qué pregunta! Vives sola, tienes el apartamento y el teléfono a tu nombre... ¿Cómo no había de encontrarte? Agarré un listín, busqué Page Candice, y allá estabas, todo bien explicado: teléfono y dirección. Y aquí me tienes. ¿Echamos un polvo o no?

—¿Qué?—respingó la pelirroja.

—He querido decir un trago —sonrió simpáticamente el ex detective—. Aunque vamos, si quieres lo otro haría un esfuerzo por complacerte. Y cuando digo esfuerzo no creas que exagero. Hoy ha sido el día más interesante de mi vida. ¿Qué hay de ese polvo..., digo de ese trago?

—Sí... Sí, está bien... Pase.

—Tutéame: casi somos novios.

—¿Qué..., qué...?

—¡No irás a decirme que recibes desnuda a cualquiera!

—¡Yo no estoy desnuda! —protestó Candy.

—Que sí, mujer, que sí —aseguró Brett.

Se acercó a ella, la agarró por los cabellos con la mano izquierda, y con la derecha desanudó el cordón de la bata y se la echó hacia los hombros, empujándola hasta que se deslizó por las finas y pecosas carnes de la pelirroja y cayó al suelo. De nuevo torcido el cuello por la ruda presa que ejercía

Brett, Candy le miraba un poco alarmada.

—¡Fiiuuu...! .—silbó Brett, mirando las exquisiteces corporales de Candy—. Cariño, eres lo que se llama una perita en dulce. ¡Qué digo, una «perita», eres un melón gigante en dulce, primor!

—Por favor —tembló la voz de la muchacha—, sea amable conmigo, señor Bronson.

—Entiendo. Prefieres que té meta un polvo en lugar de darte leña, ¿no es eso?

—Francamente, sí.

—Entonces llegaremos a un acuerdo. Vamos a tomar ese whisky.

La soltó. Candy hizo intención de recoger, su bata, pero un pie de Brett cayó sobre la prenda, y la pelirroja no insistió. Entraron los dos en la salita, donde proseguía la película en color. Brett se sentó en el sillón que antes había estado ocupando Candy, y ésta fue en busca del whisky. Sirvió en dos vasos, y se acercó a su visitante ofreciéndole uno, sonriente.

Brett también sonrió de un modo por demás amistoso, tomó la muñeca de Candy en lugar del vaso que le tendía, y la sentó en sus rodillas. Entonces tomó el vaso de whisky, y dijo:

—Candy: no sé si eres o no eres una zorra, pero sí sé que eres una tía buena. ¿Qué dices a eso?

—Que no soy una zorra —rió nerviosamente la muchacha.

—Salud, tía buena —alzó Brett su vaso.

Ambos bebieron: Con la mano libre, Brett acarició las caderas y la espalda de Candy, que se estremeció. Brett puso cara de preguntar, y ella rió y dijo:

—Es que me gusta que me acaricien.

—De donde se desprende que no eres tonta.

—Escuche, señor Bronson...

—Te he dicho que me tutees: somos casi amantes. Menos romántico que novios, pero más práctico... y satisfactorio. Sé sincera conmigo, Candy: ¿qué dirías si yo te propusiera que hiciéramos el amor?

—Que si. Y no sólo para evitarme disgustos... Es que usted me gusta. De veras.

—Caray. Oye, dime una cosa: ¿tú estás al tanto de la piratería y el contrabando de videos? Ya sabes, lo que hace la Multivideo, eso de robar películas y hacer copias fraudulentas.

—Ah, á, pero es poca cosa, no tiene mayor importancia.

—Eres muy tolerante con tus delitos, cariño.

—No son míos, sino de la Multi. Y además, es tan poca cosa que nadie le hace caso.

—¿Me estás tomando el pelo?

—A propósito, no. Todo cuanto yo diga a partir de ahora será la verdad y nada más que la verdad.

—Atiza.

—¿Quieres más whisky?—rió ella.

Le besó suavemente en la boca, y acto seguido, riendo de nuevo, movió el cuerpo de tal modo que sus pechos saltaron hacia el rostro de Brett Bronson,

que se resignó a la terrible tortura...

—Vas a conseguir que me enamore de ti, Candy.

—¡Eso estaría bien! —volvió a golpearle ferozmente con los pechos en la cara.

—Las chicas como tú, que saben aceptar las circunstancias de la vida, deberían tener premio extra

—movió la cabeza Brett Bronson—. Mira, no quiero tenerte más sobre ascuas...

—¡Pues no noto nada! —exclamó Candy.

—Me refiero a otras ascuas —sonrió Brett—. En resumen, yo he venido a hacerte unas preguntas, y si me las contestas me iré de aquí sin haberte causado perjuicio alguno. ¿Okay?

—¿Cuáles son las preguntas?

—Una ya la conoces: ¿dónde está Stapleton en Miami?

—De verdad: no lo sé. Él ha llamado algunas veces al despacho, pero no ha dicho dónde está. ¡Té lo juro! Brett miraba ahora a Candy con tal expresión que la muchacha comprendió que ni el delicioso juego de

los serios le iba a enternecer, y su sonriente expresión se tornó preocupada. Brett bebió otro sorbito de whisky, sin dejar de mirarla, y luego asintió con un gesto..

—Está bien —murmuró—, voy a creerte. Vamos con la otra pregunta: ¿dónde puedo encontrar a tus amigos Luke, Roy y Andy?

—Oh, no. ¡Si te vuelven a...!

—Tú deja eso de mi cuenta. ¿Dónde puedo encontrarlos? Y cuanto antes mejor.

—A estas horas casi seguro que por lo menos Luke debe estar en el Old Piano. Es un bar de la calle Cuarenta y Dos. Sé que él tiene afición a ir allí casi todas las noches! De los otros dos no sé nada. Es decir, sé que Roy y Andy tienen alquilado un apartamento a medias en Brooklyn, pero nada más.

—¿Luke vive solo?

—Sí, hasta donde yo sé.

—¿No sabes nada más?

—No. ¿Vas a buscarlos?

—Tal vez.

—No seas loco. Son profesionales del vapuleo, y ya te demostraron esta mañana que saben pegar.

—No lo suficiente —sonrió Brett Bronson—. Si supieran pegar, cariño, yo no estaría ahora preguntando por ellos ni echando polvos a diestro y siniestro. A propósito: quedamos en que me debes un par. Ya volveré a cobrármelos. ¿De verdad no eres una putita?

—No. Me gusta la vida, pero de eso a ser puta... —Hay un abismo, naturalmente." Siento haber sido rudo contigo, Candy: Espero no tener que volver a serlo.

—Claro que no —sonrió ella—. Siempre qué quieras darle gusto al cuerpo te estaré esperando.

—No me refería a eso. Me refería a que si me entero de que has avisado a esos tres matones de que los

estoy buscando, será mejor que ellos me liquiden, porque si vuelvo a por ti la cosa será trágica. ¿Me comprendes, Candy?

—Yo no diré nada si tú no les dices que los has encontrado gracias a mí.

—Es un pacto — Brett besó un pezón tremendo de la pelirroja—.Y esto es un beso de agradecimiento. Hasta otra, Candy.

Ella se abrazó a su cuello, le besó, y luego suspiró:

—De verdad me gustas, Brett

—Lo que reafirma mi opinión de que no eres tonta. ¿Qué tal si me alivias del peso de tu maravilloso cuerpo escultural?

Candy suspiró; y dijo, riendo:

—¡Ahora que empezaba yo a ponerme a tono...!.

CAPÍTULO V

Por supuesto, lo que menos esperaba Luke en la vida era que uno de los camareros se acercase a él y le entregase un papel doblado al tiempo que decía;

—En, Luke, aquel tipo me ha dado...

Mientras decía esto, el camarero señalaba hacia la barra, donde había visto por última vez al tipo que le había entregado la nota. Ya no estaba allí.

—¿Qué estás diciendo?—inquirió Luke.

—Es curioso. Se me ha acercado un tipo, me ha dicho que te entregue este papel, y ahora no lo veo. Bueno, toma, tengo mucho trabajo.

Le entregó la nota, que Luke tomó entre intrigado y de mala gana. Intrigado porque el asunto así lo inducía; de mala gana porque lo estaba pasando fenómeno en aquel antro lleno de humo y de olor a carne oxidada, oyendo música tonta y metiéndole mano a la chica de turno.

No lo podía remediar. Para el resto de cosas era un tipo tirando a selecto, pero en cuestión de chicas y de ambiente le gustaba aquél, rancio, lleno de humo y de ruido y abarrotado de caras innobles, o barbudas, o torvas, o de simplemente imbéciles. Le encantaba. Era algo así como el millonario acostumbrado al caviar que ocasionalmente come sardinas. Sólo que a él las «sardinas» le gustaban todas las noches... La nota decía:

«O sales a la calle para que charlemos allá o te meto una bala en la cabeza. Soy el del ascensor. ¿Comprendes?»

Luke parpadeó. Luego, despacio, alzó la mirada del papelito que había podido leer gracias a que las letras eran mayúsculas y grandes (un tipo prevenido el tal Bronson), y buscó en vano al tipo del ascensor. Se le ocurrió por un momento que podía ser una broma, pero desechó en seguida la ocurrencia. Lo malo era que se había dejado la pistola en el coche... Porque claro, si Bronson se atrevía a meterse con él era porque ahora tenía o creía tener todas las de ganar, no hacía falta ser un genio para comprender esto.

—Ahora vuelvo-murmuró.

—¿Qué? —preguntó la chica que estaba con él—. ¡Qué pasa, qué es esa nota?

Luke la miró. Era una chica agradable, con buenos pechos y fácil de calentar, a la que además le gustaba la hierba: era incluso simpática en la cama y fuera de la cama. Pero no le iba a contar su vida, ni mucho menos, así que dijo:

—En seguida vuelvo.

Se dirigió hacia la puerta, cortando con la proa de su nariz la masa de humo. Le iba a dar al tal Bronson una lección que ya no podría olvidar. Ya le había parecido que era un tipo de cuidado y con mala leche, pero lo habían tratado con ternura y ya no tenía remedio. Es decir, vaya si tenía remedio: el señor Bronson se iba a ir de cabeza aquella noche al Hudson River.

Eso lo decidió sin grandes equilibrios de conciencia, pero tal vez las cosas no le fuesen a salir demasiado fáciles. Por de pronto, nada más aparecer en la calle oyó tras él la voz de Brett Bronson:

—Tengo una pistola empuñada, cara de piojo, y te voy a perforar los huevos si te pones chulo. ¿Lo entiendes?

Luke volvió lentamente la cabeza, y miró todavía con desprecio a Brett, que había salido tras él.

—¿Qué es lo que quiere? —preguntó fríamente.

—Charlar.

—De acuerdo. Tengo el coche aquí cerca. ¿Le parece que nos pongamos cómodos?

—Me parece perfecto. Un momento.

Brett cacheó con gestos rápidos y hábiles a Luke, que movió la cabeza, mascullando:

—He cometido la tontería de dejarla en casa.

—Mal hecho. Los matones tienen que estar siempre dispuestos a todo.

—No estoy de servicio.

—Ya. Bueno, camina.

Un minuto más tarde ambos entraban en el coche de Luke por la portezuela derecha, Luke delante, Brett detrás, con la mano derecha metida en el bolsillo de la chaqueta la sorpresa de Luke fue de infarto cuando Brett sacó la mano del bolsillo, vacía, con el dedo índice rígido. Pero ya no tuvo tiempo de hacer nada: Brett sacó de debajo de la chaqueta un trozo de taco de billar, y, sin más, le golpeó en la frente con él.

Luke tuvo la sensación de que dentro de su cabeza estallaba una bomba, con resonancias tremendas; vio destellos de luz y fragmentos pavorosos de oscuridad. Notó el calor de la sangre. Acto seguido, como entre jirones de niebla de colores de neón vio a Brett Bronson alzando la tapa del salpicadero y apoderarse de la pistola, con la que le apuntó a la cara.

—Conque en casa, ¿eh, cara de piojo? Como si no supiera yo que los tipos como vosotros nunca dejan muy lejos la herramienta. Venga, pon en marcha el coche o te vuelo la plasta de vaca que tienes por cerebro. ¡Venga, despierta, mamón!

El trozo de taco de billar había desaparecido, pero la mano de Brett, posiblemente más dura que la madera, despejó a Luke con un tortazo de fantasía, que destapó sus fosas nasales permitiéndoles descongestionarse de sangre.

—¡Ya basta! —chilló Luke.

—No te pongas histérico. Además, soy yo quien dice cuándo termina el programa, del mismo modo que fuisteis vosotros quienes tomasteis decisiones en el ascensor. Venga, en marcha.

—¿Adonde vamos?

—A ver a tus amigos Andy y Roy.

—Ah... Bien. Bien:

—No tan bien, cara de chinche. Crees que me llevas a la boca del lobo, ¿verdad? Pues quítatelo de la cabeza, porque esta vez las cosas van a ser diferentes. Y otra cosa: tengo tu pistola en la mano, de modo que si no conduces bien o intentas alguna jugarreta te meto un par de balas en el vientre. ¿Está claro? Y no soy un tipo que ande con contemplaciones.

—Ya sabemos eso —gruñó Luke.

—¿Sí? Entiendo. Os habéis molestado en averiguar quién es el tal Brett Bronson, ¿eh? Mejor, así sabréis que no me ando con chiquitas. Límpiame la sangre con el pañuelo, marrano, o vas a mancharte el traje y el coche.

Luke se limpió la sangre de la nariz, mirando de reojo a Brett, que no le perdía de vista.

Veinte minutos más tarde, tras cruzar el East River por el Brooklyn Bridge, Luke detenía el coche en una calle tranquila y discretamente iluminada. Eran casi las diez y media de la noche, y no se veía a nadie.

—¿Viven aquí?—preguntó Brett.

—En el número 28, apartamento 2 C.

—¿Sabes si están en casa?

—No tengo ni idea.

—Pues voy a enterarme. Y si me has mentido ponte a temblar, porque volveré con un cabreo tremendo. ¿Me has mentido?

—No.

—Así me gusta.

Brett se pasó la pistola a la mano izquierda. Con la derecha blandió de nuevo el trozo de taco de billar, naturalmente de la parte más gruesa, y antes de que Luke pudiera tomar ninguna medida defensiva le golpeó con él en plena boca. El crujido de los dientes fue escalofriante, casi tanto como el grito de Luke, que en seguida recibió otro golpe, ahora en un pómulo, que se abrió como si fuese un flan. El siguiente golpe le partió una ceja, y sin darle más tiempo a sufrir, Brett le propinó el último golpe, en la frente, que lo fulminó sin sentido, sangrando con horrorosa profusión.

El ex detective ni se inmutó. Guardó la porra y la pistola, sacó un rollo de ancho esparadrapo que ya se había procurado en previsión a tal circunstancia, y procedió a atar con él las muñecas y los tobillos de Luke, terminando por amordazarlo cruelmente, dándole dos vueltas a la cabeza con el esparadrapo... La visión del elegante matón era escalofriante.

Brett salió del coche tras hacerse con las llaves, utilizando una de las cuales abrió el maletero. Luego, transportó al in tenor de éste a Luke, bajó la tapa, y se miró las manos, para asegurarse de que no se las había manchado de sangre. Se sentó ante el volante y se llevó el coche de allí.

Cinco minutos más tarde reaparecía en la calle, y

se encaminaba sin vacilación alguna al número veintiocho. El portal estaba cerrado, pero esto no era problema digno de estima por parte del ex detective. Abrió la puerta con una ganzúa como si tal cosa, entró, cerró cuidadosamente, y se dirigió escaleras arriba, sin prisas. Tanto en el vestíbulo como en cada piso había una tulipa de luz, de modo que no tuvo problema alguno.

Segundo piso. Apartamento C.

Brett empuñó la pistola con la mano derecha, y pulsó el timbre de la puerta con la izquierda. Tres minutos mes tarde se había convencido de que no había nadie, allí dentro. Se guardó la pistola, recurrió a la ganzúa, y en cuestión de segundos tenía expedita la entrada al apartamento de los sujetos llamados Andy y Roy.

* * *

Poco después de las once oyó el tanteo del llavín en la cerradura la puerta se abrió, la luz del recibidor se encendió. Se oyó el batir de la puerta, pasos. Hasta el dormitorio ¡legó el resplandor de la luz de la sala de estar del apartamento, y casi en seguida una voz de hombre, el sonido de cristal...

Brett Bronson, que había esperado en la oscuridad del dormitorio sentado en una butaquita, se puso en pie, empuñó la pistola, y se dirigió hacia la sala de estar.

Cuando apareció, en el umbral, Andy y Roy estaban conversando, cada uno de ellos con un vaso en la

mano. Ray fue el primero en verlo, y su gesto fue de antológico asombro. Andy miró hacia la puerta, y ganó el primer premio, para expresiones de pasmo bobalicón.

—Es que soy un masoquista-sonrió Brett—. Por eso he vuelto para que volváis a zumbarme.

Ninguno de los dos dijo nada. Simplemente, miraban a Brett, quien a su vez miraba sus axilas, en busca del bulto delator de la presencia de armas. Ninguno de los dos llevaba.

Evidentemente no solían hacerlo cuando no estaban de servicio con su contratante.

—Bebed, bebed —dijo amablemente Brett—. Tampoco se trata aquí de someteros a un suplicio.

—Se está complicando la vida, Bronson —masculló Andy.

—Ya lo sé. Pero no soy el único que gusta de estas cosas. ¿Acaso la vida no sería aburridísima sin complicaciones?

—¿Qué esto qué quiere?

—En primer lugar, mi dinero. No soy de los que se vuelven locos por el dinero, pero lo que es mío es mío. De modo que ya me lo estáis devolviendo. Hasta el último centavo, amiguitos.

—No lo contamos-gruñó Roy.

—Pues dejad sobre ese sillón todo 16 que lleváis encima los dos. No creo salir perjudicado.

—Se está complicando la vida.

—Eso ya lo habéis dicho antes, par de mamones. Y a propósito, ¿qué dijo Andy qué era yo...? Me parece recordar que me llamó fantasma marica hijoputa. ¿Fue así, Andy?

Este se pasó la lengua por los labios; miró la pistola,

y tras dejar el vaso de whisky procedió a vaciar de dinero sus bolsillos, siendo imitado por Roy. Ambos lo dejaron sobre el sillón indicado por Brett, que sonrió amistosamente, se acercó, y procedió a embolsarse los billetes.

—Ahora —dijo, siempre amablemente—, vamos a hacer un trato que evitará violencias: los dos os vais a arrodillar delante de mí, e iréis repitiendo lo que yo diga. Y no me vengáis con actitudes de macho valiente y digno porque entonces simplemente os meto una bala en el corazón. ¿Me creéis?

—Usted no se atreverá a matarnos.

—¿Por qué no? —se sorprendió Brett.

—Porque se pasaría el resto de su vida en la cárcel

—Eso seria si la policía sabía qué había sido yo. ¿no?

—Lo sabría. Candy les diría que le golpeamos a usted, y que en venganza, nos había matado.

—Para ser unos matones pensáis demasiado. Sí, sois listos, lo admito.

—Seguramente podemos arreglar las cosas a las buenas, Bronson. A fin de cuentas fue usted quien buscó jarana.

Brett Bronson frunció el ceño, estuvo reflexionando unos segundos, y por fin masculló:

—De acuerdo, podemos arreglar esto por las buenas, pero hay algo de lo que no quiero privarme, y es de veros de rodillas ante mí y repitiendo lo que yo diga! O eso, o nada.

—¿Qué tenemos que decir? —gruñó Roy.

—Arrodillaos y os lo iré diciendo. Andy y Roy se miraron, titubearon, miraron a Brett, la pistola que éste empuñaba, su mirada fría y hostil... Roy soltó una fea maldición, y se puso de rodillas, subiéndose pulcramente los pantalones. De evidente mala gana (y por supuesto a la espera de la oportunidad de engañar a Brett) Andy hizo lo mismo. Brett exhibió entonces una sonrisa de complacencia, y se acercó a ellos.

—Así me gusta, muchachos. Y ahora, empezad: en este jodido mundo...

—En este jodido mundo... —repitieron cavernosamente los dos matones.

—... donde todo es porquería...

—... donde todo es porquería...

—... no hay madre que sea más puta...

—... no hay madre que sea más puta...

—... que la propia madre mía.

Los dos sujetos alzaron la hosca mirada y miraron con siniestra expresión a Brett, pero éste, simplemente, les apuntó con la pistola.

—... que la propia madre mía—repitieron.

—Perfecto, muchachos —sonrió ampliamente Brett—. Y ahora, vamos a la parte final. Repetid conmigo:
aquí no hay más maricas, degenerados, fantasmas y desgraciados...

—Aquí no hay más maricas, degenerados, fantasmas y desgraciados...

—... que nosotros, hijoputas desdichados.

—... que nosotros, hijoputas desdichados.

—¡Perfecto! —exclamó gozosamente Brett—. ¡Pero qué digo, perfecto, esto es perfectísimo! ¡Os habéis merecido el primer premio!

El golpe con la pistola en lo alto de la cabeza fulminó a Roy contra el suelo, como si acabase de recibir el pisotón de un elefante, sangrando por la tremenda brecha. Andy lanzó una exclamación de rabia, y, lívido, hizo el gesto para atacar a Brett partiendo de la posición de rodillas. Justo en ese momento recibió en el estómago el punterazo del ex detective y, de súbito con aspecto cadavérico, desorbitados los ojos y desencajado el rostro, Andy cayó hacia atrás paralizado por el espantoso dolor.

Brett Bronson se guardó la pistola, sacó el trozo de taco de billar, y se acercó a Roy, que estaba sacudiendo la cabeza, caído de rodillas y con las manos sosteniendo el peso del cuerpo... Con el taco de billar, Brett le golpeó en un codo, que crujió. Roy emitió un alarido como de rata, fino y agudo; sus ojos bizquearon, mostraron solamente córnea, y se desplomó de nuevo; privado de los sentidos por el dolor.

Brett se colocó junto a Andy, que se removía como buscando el modo de ponerse de pie. Lo asió por los cabellos tiró de él poniéndolo en pie, y, sin mas, le partió varios dientes con otro golpe. Casi sostenía en vilo por los cabellos a Andy cuando volvió a golpearlo, ahora en la nariz. Esta crujió, apareció un chorro de sangre, y, simplemente, como si estuviese muerto, Andy se arrugó hacia el suelo, dejado de la mano de Brett.

—Y esto, amiguitos —jadeó el ex detective—, no es sólo por mala leche vengativa, sino porque nunca me

gustaron los matones que van en grupo zumbando a la gente.

* * *

Oyó el zumbador de la puerta, y alzó la cabeza, sorprendida. Se había puesto ya el pijama y se disponía a acostarse, fatigada.

Miró el reloj de la mesita de noche. Era cerca de la una de la madrugada.

La llamada se repitió, con insistencia impertinente. Rita Gardiner titubeó, y por fin fue a la puerta de su apartamento, junto a la cual se colocó, preguntando:

—¿Quién es?

—Brett Bronson.

La muchacha lanzó una exclamación, y se apresuró a abrir la puerta.

—¿Qué tal? —sonrió ante ella el ex detective—. Ya ves lo que es la vida: volvemos a vernos.

—Sí, ya veo.

—¿Estás ocupada?

—Te dije que estaba de vacaciones, ¿no?

—Me refiero a otra cosa. Lo normal es que a estas horas estuvieras en la cama..., y me pregunto si estabas sola. Quiero decir que si molesto me voy. No soy un aguafiestas.

—Pasa-se apartó Rita.

—Oye, de veras: si estabas gozando de...

—Te digo que pases.

—Está bien.

Entró, ella cerró la puerta, se quedó mirándolo como

incrédulamente, y terminó; moviendo la cabeza, presa del asombro.

—Apuesto a que sabes la hora que es —dijo.

—No.

—Pues es la una. Santo cielo..., ¿qué es lo que quieres a estas horas?

—Bueno, pasaba por aquí cerca y me dije: ¡hombre, voy a saludar a Rita! Y aquí me tienes. Oye, se te marcan los pechitos en el pijama, tú. ¡Y hasta parece que tienes unos pezones de lo más desarrollado! Caray, ¡quién lo diría!

—Lo sorprendente sería que no tuviera pezones, digo yo.

—Claro. Pero no tan gorditos... ¿O todo es trampa? A ver, a ver...

Se acercó Brett a la muchacha, le subió el pijama, y se quedó mirando atónito los senos, no tan menudos como había creído, y además deliciosamente turgentes, plenos, de forma delicada y rotunda. Y efectivamente, los pezones, rosados, eran grandes, de lo más sugestivo. Atónito, Brett alzó la mirada hasta

los ojos de Rita, que le contemplaba fríamente.

—Caray... ¡Caray, Rita! ¡Eres una caja ¡de sorpresas!

—Y tú un cerdo.

—No, mujer —farfulló Brett—. Más que nada ha sido una broma, con la que no quería molestarte. ¡Caray, con unos pechos así, seguro que tienes un ¡cuerpo que no me lo merezco!

—¿De qué estás hablando? ¿Tú no te mereces mi cuerpo?

—Se entiende para gozar de él haciendo el amor... ¡Pero no ahora! Estoy cansadísimo, así que me acostaré y mañana será otro día.

—Estás poniendo las cosas difíciles —dijo Rita, visiblemente irritada—. Sucede que este apartamento es pequeño, hay una sola cama, y en ella duermo yo. Y si vas a soltarme el viejo truco de que dormirás junto a mí como un angelito, olvídale. ¡Y deja de airearme los pechos!

Le dio un manotazo, haciéndole soltarle el pijama, de modo que se terminó el bello espectáculo. Brett asintió, se pasó las manos por la cara, y luego miró fijamente a la muchacha.

—Rita, de verdad: estoy muy cansado, y quiero quedarme aquí. ¿Puedo hacerlo?

—¡Ya te he dicho que sólo hay una cama y que...!

—No me importará dormir en el sofá.

Estaban mirándose fijamente. Por fin, Rita encogió los hombros.

—Está bien, quédate. ¡Pero si se te ocurre molestarme te arrepentirás!

—Caray... ¡Caray! ¡Qué buen aspecto tiene todo esto! —exclamó gozosamente Brett, apareciendo en la puerta de la cocina.

Terminando de ordenar algunos utensilios, Rita volvió la cabeza para mirarlo, y luego miró satisfecha el aspecto que ofrecía la mesa de la cocina con el apetitoso desayuno que había preparado mientras Brett se duchaba.

—Al menos sabes apreciar el esfuerzo realizado —dijo amablemente—. ¿Cómo te sientes hoy?

—Más dolorido que ayer, pero divinamente. No creas que pretendo darme pisto, pero soy un tipo muy duro.

—Lo sé. Escucha, en el armario de mi dormitorio hay toallas grandes, así que haz el favor de envolverte con una de ellas, no con esa pequeña: se te va a ver todo de un momento a otro.

—¿Y qué? Es un paisaje que ya conoces. Está bien, está bien, iré a por esa toalla grande. Oye, empiezas a gustarme, ¿sabes? Eres simpática, rubia, tienes buenos pechitos, y además sabes cocinar... ¡Una joya, vamos!

—Y además no tengo novio, ni amigos, ni compromiso de ninguna clase. Vamos, que podrías pedirme en matrimonio

—Hombre, Rita, ¡no te pases! —farfulló Brett.

Se fue hacia el dormitorio, donde se procuró la toalla grande, con la que se envolvió a estilo cónsul romano, y regresó a la cocina. Rita se había quitado el delantal, y estaba a punto de sentarse a la mesa. Rió al verlo. Brett frunció el ceño. Ella se había puesto un jersey azul que ceñía discretamentesu busto, y llevaba unos pantalones de pana y zapatillas deportivas. El ex detective movió la cabeza con un gesto que llamó la atención de Rita.

—¿Qué pasa? ¿Por qué mueves la cabeza así?

—Me preguntaba si eres de las que perdonas la vida anterior de las personas o la tienes siempre en cuenta para reprochársela en cualquier momento.

—Depende.

—Me parece que ayer no me fijé bien en ti —masculló Brett—. Tampoco voy a decir ahora que seas una chica tipo Marylin, pero eres encantadora.

—Atiza —se pasmó realmente Rita—, ¡pero si sabes decir cosas agradables!

—Todos tenemos nuestros momentos de debilidad. Pero todavía no has contestado a mi pregunta anterior.

—Soy de la opinión de que todos merecemos alguna oportunidad par comenzar de nuevo —murmuró la muchacha—, siempre y cuando eso no se convierta en una costumbre y uno se pase la vida fastidiando y pidiendo una nueva oportunidad.

—Entiendo.

—Pues ya me ganas —le miraba ella fijamente—. Me he molestado en plancharte el traje, y té he lavado la camisa... Lo que quiero decir es que he tenido que quitarte las cosas que llevabas en los bolsillos, y he visto mucho dinero. El suficiente para qué hubieras podido instalarte en un confortable hotel y no en un sofá. Me gustaría saber por qué viniste aquí, Brett.

—Te añoraba.

—Me gustaría que eso fuese cierto —sonrió Rita—, pero de momento, también me gustaría que me dijeras la verdad.

—La verdad es que me acordaba de ti, y pensé que no tenía nada de malo que volviéramos a vernos. Aparte, no quería volver al motel, porque no sé si allá podría localizarme alguien, y aquí estoy seguro de que no me localizarán.

—¿Sigues metido en un lío?

—¿Recuerdas que ayer me zumbaron? Bueno, por la noche localicé a los tres tipos, y les di una paliza de espanto.

Rita Gardiner parpadeó.

—¿Y ahora andas escondiéndote de ellos?

—Nada de eso. Están a buen recaudo: los metí a los tres en el maletero del coche de uno de ellos, atados y amordazados con esparadrapo. Me temo que habrán pasado una noche mucho peor que la mía. Y dudo mucho que puedan salir del maletero sin ayuda.

—Si se asfixian te habrás cargado a tres personas, Brett.

—Sí, pero no hace falta que la sociedad me premie por ello.

—Puedes tomártelo todo lo a broma que quieras, pero si uno de ellos muere, te la habrás cargado.

—Vas a fastidiarme el desayuno-gruñó Brett.

—Me gustaría que no te complicaras la vida.

Seguía mirándolo fijamente. Brett sostuvo la mirada unos segundos, terminó por soltar un gruñido, y miró el reloj de la cocina. Acto seguido abandono ésta para ir a la salita, desde la cual llamó por teléfono a Candy Page.

—Adivina quién te da los buenos días, guapísima.

—¡...!

—El mismo que viste y calza..., por decirlo de algún modo. Escucha, Candy, los tres tipos que... ¿Qué?

—¡..!

—¿De veras? ¿Cuándo regresó?

—...

—Ya. ¿Y cómo lo sabes?

—...

—Entiendo. ¿Sabes si pasará esta mañana por el despacho?

—...

—¿Y dónde están los estudios?

—De acuerdo. Escucha, Candy, ahora olvídale todo. Yo no quiero perjudicarte, así que por mí nadie sabrá nada. Simplemente, olvídale todo, ¿de acuerdo?

—¿...?

—Ah, sí, los tres tipos... Nada, déjalo. Ahora me interesa que sigan donde están. Hasta la vista, Candy. Brett colgó el auricular, y quedó pensativo.

Rita apareció en la salita.

—El desayuno...

—Ssshh —se llevó un dedo a los labios Brett—. El protagonista de la película está pensando.

Tras pensar, Brett llamó por teléfono a Carol Marley, pero la criada le dijo que no estaba en casa, que se había marchado muy temprano. Brett dio las gracias, y colgó. No tuvo que pensar demasiado para suponer que Caro! había ido a reunirse con él al motel Rainbow, de Long Island, donde ella debía creer que él había pasado la noche. De modo que llamó al motel, donde le informaron de qué la señorita Smith no había aparecido por allí. Él insistió pidiendo que le comunicaran con su cabaña, pero el resultado fue el indicado.

Dejó el recado de que pidieran a la señorita Smith que le esperase, y de nuevo colgó; Cuando miró a Rita ésta se hallaba de pie frente a él, mirándole hoscamente.

—No te enfades —sonrió de pronto Brett—. Ya verás como el desayuno todavía no está frío.

—No me enfado por eso. Me gustaría saber qué clase de tipo eres tu. Porque vamos, más caradura no lo

he conocido en la vida. Te instalas en mi apartamento, ocupas mi sofá, utilizas mi bañera, mis ropas, todas mis cosas, comes mi comida..., y te pasas el tiempo llamando a otras mujeres. Tres esta vez: la tal Candy, esa señorita Marley, y Mary Smith. Francamente, Brett...

—¿Eres celosa?

—Naturalmente. ¡Aunque no se trata de eso en esta ocasión!

—Ya. Estás tratando de decirme que no te gusto, pero que de todos modos yo debería ser más considerado y ya que estoy abusando de tu hospitalidad, simular que estoy loco por ti y no pasarme el tiempo llamando a otras chicas.

—Bueno, más o menos es eso, sí.

—Hagamos un trato —dijo él, acercándose y tomando entre sus manos el rostro de Rita—. Tú y yo nos olvidamos de que hemos conocido a otros bichos humanos que han interferido en nuestras vidas, y empezamos los dos de nuevo. ¿Qué té parece?

—Yo no tengo por qué olvidar nada: no hay nada en mi vida de lo que tenga que avergonzarme.

—Pues en la mía sí, de modo que tendrías que darme una oportunidad.

—Nunca sé si hablas en serio o te pitorreas.

Brett la besó suavemente en los labios, mientras ella permanecía quieta como una estatua. Fue un beso tierno, cariñoso, suave. Rita Gardiner se estremeció. Brett deslizó su boca, sobre la de ella, besándola en la barbilla y en la garganta. La muchacha se estremeció de nuevo. Brett la miró a los ojos.

—¿Qué me dices de esa oportunidad?

Rita Gardiner abrió la boca..., y el teléfono sonó en

aquel instante. La muchacha cerró los ojos, aspiró profundamente, y eso fue todo. El teléfono seguía soñando. De repente, Rita reaccionó, y fue a atender la llamada.

—¿Sí?

—¿...?

—No, no, todo está bien.

—¿...?

—Sí. Ya te contaré. Ahora estoy ocupada.

—¿...?

—Simplemente voy a desayunar, y luego tengo cosas que hacer, aprovechando las vacaciones. Cómo van las cosas por la oficina?

—Estupendo. Ya te llamaré. Adiós. Colgó, y miró a Brett, que masculló:

—Y ahora vas a decirme que era una compañera de la oficina.

—Vamos a desayunar —dijo ella—, o finalmente se nos enfriará. Si te parece podemos charlar mientras desayunamos, y, una de dos: o me cuentas en qué lío estás metido o dejas de tenerme a tu servicio como ayudante y patrona de hospedaje.

—Tú y yo llegaremos fácilmente a un acuerdo —dijo el exdetective, acercándose a Rita y abrazándola por la cintura—. Si me prestas tu coche, te cuento mi vida, mientras desayunamos.

—¿Incluido el lío de ahora?

—Todo: desde que nací con cara de golfo hasta el momento de anoche, cuando llegué aquí.

—Está bien —suspiró Rita— te prestaré mi coche. ¡Pero deja de sobarme y besarme!

—Creí que te gustaba —se disculpa Brett.

—¡Vete al infierno manazas!

—Tranquilízate —sonrió Brett, besándola de nuevo en la boca—. Vamos a desayunar mientras disfruto de tu encantadora presencia y luego iremos a dar un paseo en coche.,

* * *

Detuvo el coche en el lugar convenido con Carol por teléfono, y paró el motor. Acto seguido miró la hora en su reloj de pulsera. Llegaba puntual, y era de esperar que ella, hiciera lo mismo, aunque en este aspecto nunca hay que confiar demasiado en las mujeres.

Desde luego era extraña aquella cita en aquel lugar, pues a fin de cuentas muy poco más allá teñía, el chalé, de modo que si Carol quería verlo a él en privado bien podía haberle citado en el chalé...

Y de pronto, pensando en esto, James Norton sonrió. La cosa le hizo gracia ¿Tal vez. Carol temía quedarse a solas con él en un ambiente íntimo, donde nadie pudiera interrumpirles? Eso podía significar que, en cierto, modo, ella sentía interés por él, pero que temía concederle a él la ocasión de imponerse a ella como hombre. Tenía gracia la cosa.

Por otro lado, era desconcertante. No conseguía

llegar a una conclusión respecto al motivo por el que Carol le había citado allí. ¿Tal vez para hablarle de los atentados que estaban sufriendo los dos socios de la News Video? En ese caso, posiblemente habría citado también a Robbins. Sí, la cosa era inquietante, y quizá ella los había citado allí para luego dirigirse los tres al chalé de él a tomar decisiones definitivas...

Vio aparecer el coche, y le dedicó toda su atención, olvidándose de sus cábalas. No, no era ninguno de los coches de Carol, de modo que comenzó a inquietarse cuando el vehículo se detuvo.

Se tranquilizó en seguida, al ver apearse a Carol del coche recién llegado. Ella quedó junto al vehículo, haciéndole señas para que se acercase.

James Norton no titubeó ni un instante. Simplemente, salió del coche y comenzó a caminar hacia el de Carol, cruzando en diagonal la carretera. Ella se metió dentro del coche, y éste se movió suavemente. James Norton le vio acercarse, pensando qué Carol quería recogerlo y llevarlo a algún sitio; parecía todo tan raro, tan intrigante, que en su mente no había cabida para ninguna otra idea.

Y cuando la hubo ya fue demasiado tarde.

De repente, el coche que había arrancado tan suavemente emitió un poderoso rugido y pareció una fiera saltando hacia el aturdido James Norton. Este no tuvo tiempo de nada. Intentó esquivar la acometida, pero estaba en el centro de la carretera, y apenas consiguió otra cosa que iniciar la huida. Fue alcanzado de lleno y alzado y lanzado como si fuese un pelele. Precisamente, debido a su intento de esquivar la acometida corriendo hacia el arcén de la carretera, llevaba esa inercia, y salió disparado fuera de ella, con la mala fortuna de que se estrelló contra el tronco de uno de los gruesos pinos. Fue impresionante, alucinante.

Rebotó, cayó con medio cuerpo en el arcén y medio sobre la tierra, alfombrada de pinocha, y no se movió. El coche había frenado unos cuarenta metros más allá, y de la parte trasera se apeó Weston Stapleton, que corrió hacia el cuerpo de James Norton, lo examinó, y asintió. Más adelante, en la Morgue, a Norton se le apreciaría rotura de la columna vertebral en tres sitios, aplastamiento de la zona lumbar, rotura de ambas piernas, rotura de la base del cráneo... Para Weston Stapleton estaba muerto, y eso era todo.

Se incorporó, y echó a correr hacia donde Norton había dejado su coche. De un bolsillo sacó un sacó un grueso clavo retorcido, y lo clavó con ayuda de unos alicates en la rueda delantera izquierda. Hecho esto, corrió hacia donde le esperaba Carol con el coche, y se sentó junto a ella, jadeando. Carol arrancó.

—¿Seguro que está muerto? —preguntó.

—Seguro —jadeó Stapleton.

—¿Has tenido dificultades para clavar el clavo?

—Un poco, pero está hecho.

Ella asintió, y eso fue todo. Dentro de poco alguien pasaría por la poco frecuentada carretera, y encontraría a Norton. Por supuesto avisaría a la patrulla de caminos, la cual obtendría pronto muy fáciles conclusiones: el señor James Norton se dirigía hacia su chalé, ubicado cerca de allí, cuando había pinchado; se apeó, vio acercarse un automóvil, y posiblemente quiso detenerlo para pedir ayuda; entonces, el automóvil le atropello, sin duda accidentalmente, y el conductor, asustado, optó por darse a la fuga aprovechando que nadie había presenciado el accidente.

Perfecto.

Y todo sería mucho más perfecto cuando

encontrasen que, por muchas sospechas que tuvieran, el coche particular de Weston Stapleton estaba incólume. Lo cual era ya temer demasiadas sospechas...

Poco después, Carol se apeaba del automóvil robado, y se despedía de Weston Stapleton con un beso húmedo y lúbrico, que hizo relucir los ojos del hombre. Ella se alejó en busca de su coche, con el cual iría al motel Rainbow, y él seguiría hasta el lugar donde dejaría abandonado el coche robado y se alejaría con el suyo.

Y ya, solamente quedaba vivo en la News Video uno de los socios de Carol Marley: el llamado Martin Robbins.

CAPÍTULO VII

—No te va a ser fácil aparcar por aquí —dijo Brett, al detener Rita el coche—, de modo que deberías bajar al estacionamiento de la otra vez, o esperarme dando unas vueltas a la manzana. Y a propósito: ¿qué hacías tú en este lugar cuando nos conocimos?

Se quedó mirándola con verdadero interés, como quien acaba de tener la idea. Rita también le miró fijamente, y de pronto, se echó a reír.

—¡Conque es eso...! —exclamó—. ¡De modo que todo el tiempo has estado pensando que yo tenía algo que ver con esa gente! Por eso me buscaste anoche, por eso me lo has contado todo, por eso me has pedido que te acompañe... ¡Cielos! ¡Estás desconfiando de mí!

—Sólo te he preguntado qué hacías tú en este lugar —dijo muy suavemente Brett.

—¿Qué pensarías si te dijera que trabajo en este edificio? —movió la cabeza Rita hacia allí—. Las oficinas de la Multivideo no son las únicas que hay en un edificio de veinte pisos, ¿sabes?

—De modo que trabajas aquí —masculló Brett—, y seguramente habías venido a visitar a tus compañeros o a recoger algo... ¡Vaya plancha me he tirado!

—Tal vez no. Tal vez yo sea una compinche de tus tres amigos Luke, Roy y Andy, que quiso ver si te habían matado o sólo estabas medio muerto.

—Tal vez sea eso —sonrió Brett—. Sí, tal vez.

—Tal vez —insistió Rita, riendo.

—En cuyo caso, si yo subo ahora a ver si Stapleton ha venido a su despacho, tal vez me encuentre con una sorpresa.

—Tal vez.

—Bueno, son muchos «tal vez», ¿verdad? En cualquier caso es una lástima, porque empezabas a gustarme.

—Eso se lo dirás a todas —dijo con simpático sarcasmo la rubia Rita.

—Pues no —rechazó Brett—, no suelo decir esas cosas. Y es curioso que te las esté diciendo precisamente a ti, la más escuchimizada de todas. Por ejemplo, a Carol se lo dije, a pesar de que me pasé toda la tarde de ayer haciendo el amor con ella.

—¡Eso no me lo habías dicho! —respingó Rita.

—No me gusta presumir. Además, ¿qué creíste que habíamos estado haciendo toda la tarde en el motel?

—Hablar del asunto.

—¡Esta es buena! Oye, nena, no serás tonta; ¿eh?

—¡Me has estado tomando el pelo! —se encolerizó Rita.

—Y tú a mí. Digamos que nuestras relaciones han

estado cimentadas sobre mutuas mentiras... a menos que tú no seas amigueta de esa gente, en cuyo caso el único desconfiado y que se habrá estado comportando como un cerdo habré sido yo. Bien, ¿qué dices a esto?

—Nada. Entérate por ti mismo.

Brett estuvo unos segundos mirando fijamente a Rita, volvió la cabeza para mirar el edificio, y miró de nuevo a la muchacha.

—Si se meten conmigo esta vez las cosas nos les van a salir nada bien — murmuró—. Piénsalo, Rita.

—Vete al infierno, maldito embustero. ¡Cerdo! Brett le tomó el rostro entre las manos.

—A lo peor va a resultar que eres más puta y malvada que Candy, pero ahora que me voy fijando tienes unos ojos de cielo que parten el corazón. Caray, Rita, que empiezo a darme cuenta de que tienes más sexy que otras chicas con más abundancias carnales, y un cuerpo delgadito y bienoliente que le pone a uno en forma Vamos, que si pudiera ahora mismo te mordía toda, de nuca a talones y de frente a empeine. Más claro todavía: no me gustaría morirme sin haberte metido un buen polvo.

—Marrano.

Brett la besó en la boca, sin que ella reaccionase en modo alguno, manteniéndose tensa. El ex detective la

miró a los ojos, movió de nuevo la cabeza, y se apeó, pasando a la acera, desde la cual se quedó mirando el edificio, aunque sin pensar nada concreto sobre él. En realidad se sentía profundamente disgustado, por la absurda razón de que le gustaba besar la boca de Rita...

Nunca sabría por qué se volvió hacia la calzada. Simplemente, se volvió, vio el coche acercándose, y ni siquiera se sorprendió de que fuese el único. Todos los demás coches estaban detenidos ante el semáforo, pero aquél había pasado en rojo y se acercaba.

Vio, en la ventanilla derecha de atrás, el rostro de Roy, y, delante, la pistola provista de silenciador. Hubo en la mente de Brett Bronson una fracción de tiempo muerto, de vida en blanco.

Y cuando reaccionó, en el preciso momento en que se movía, Roy disparaba. Brett sintió el impacto de la bala en el costado derecho, giró, y fue a caer de rodillas y de cara a la pared del edificio. Oyó el frenazo, y entonces se tiró de costado al suelo, metió la mano hacia la cintura, y sacó la pistola que llevaba allí. Vuelto hacia la calzada, vio el coche detenido, y a Roy y Andy de pie junto a éste, disparando a la vez.

Las dos balas rebotaban en la acera con tremolante tañido, al tiempo que él disparaba. Oyó el grito de Roy, y vio, como en una imagen gigante, el rostro de Andy descompuesto en una mueca de alarma, de sobresalto.

Al mismo tiempo oía la voz de Rita Gardiner:

—¡Quietos! ¡Arrojen las armas!

Paralizados de nuevo por la sorpresa, Brett vio a Andy regresar a toda prisa al interior del coche, mientras Roy lo hacía a su vez como empujado por su bala. El coche arrancó al tiempo que se oía el estampido del disparo efectuado por Rita Gardiner.

Brett se acercó a la calzada en tres saltos, y vio a la muchacha firmes los pies en el suelo, apuntando con perfecta ortodoxia su revólver hacia el coche fugitivo, sosteniendo la mano derecha con la izquierda, ligeramente separadas las piernas...

¡Crac, crac!, sonaron los disparos efectuados por Rita.

La calzada estaba desierta de automóviles, pues el semáforo continuaba en rojo. Los peatones habían desaparecido, todo movimiento parecía haber cesado, incluso se había creado un relativo silencio. En ese relativo silencio crujieron los disparos de Rita, el estampido de una rueda del coche, el rechinar de las otras sobre el asfalto...

Y de pronto, como si fuese una sorprendente pelota, el coche rebotó, giró, cayó con siniestro crujido, rebotó, se incendió y de súbito, dio otra vuelta, el motor rugió, el depósito explotó, y todo convertido en una bola de fuego fue a detenerse de nuevo con siniestro crujido, chocando de costado con una farola.

—¡Caray! —jadea Brett.

Rita Gardiner apareció ante él, mirándole intensamente.

—¿Estás bien? —preguntó.

Brett se quedó mirándola boquiabierto. En alguna parte se oía la llegada de un coche policial, la gente de a pie había reaparecido, invadiendo la calzada y cortando la circulación.

Los automóviles tenían ahora luz verde, pero no podían pasar. Comenzaron a sonar docenas de claxons.

—Estás herido —dijo Rita—. Será mejor que no te muevas de aquí: pediremos una ambulancia para ti. A propósito, no soy amiga de esta gente, como habrás podido comprobar: soy la sargento Rita Gardiner, del Departamento de Homicidios del

Police Department. No te muevas de aquí. ¡Y dame esa pistola!

Se la arrebató, sin que Brett opusiera resistencia alguna, y dándole la espalda se dirigió hacia donde el

coche, convertido en una aplastada masa de metal, ardía consumiendo cuanto contenía en su interior..., incluidos los tres hombres.

Brett Bronson reaccionó, aspiró hondo, frunció el ceño, y volvió la cabeza. De pronto, dio la vuelta, y se metió en el edificio. En cuestión de segundos aparecía en el gran vestíbulo de las oficinas de la Multivideo, donde no había nadie. Es decir, no se veía a nadie.

Para él estaba muy claro lo sucedido: como fuese, Luke, Andy y Roy habían conseguido liberarse de las tiras de esparadrapo y abrir el capó del maletero del coche donde él los había dejado tan incómodamente instalados. Y su primera idea al verse libres había sido interesarse por su trabajo en la Multivideo..., donde se habían enterado, por medio de la pelirroja Candy, de que él seguramente iba a aparecer por allí en busca de Weston Stapleton. Y le habían esperado para matarlo. Ya sin contemplaciones.

—Vas a ver como te encuentre, putón —masculló, recorriendo las oficinas vacías.

Encontró a Candy Page en los servicios. La pelirroja estaba sentada en el suelo, con la espalda apoyada en la pared junto a uno de los lavabos. Brett se detuvo aterrado al verla: las ropas de Candy estaban desgarradas completamente, de modo que podía decirse que estaba desnuda, pero esto no tenía importancia, comparándolo con su aspecto físico, pues tenía la cara llena de sangre, que manaba de sus dos pómulos abiertos a golpes, así como las cejas. Tenía la boca machacada, y el brazo derecho quedaba retorcido hacia atrás de un modo grotesco y terrible.

Sintiendo como un relámpago de espanto, Brett se acucilló ante la muchacha, cuyos ojos, por entre sangre y carne rota e inflamada se posaron en él.

—Dios bendito, Candy, muchacha..., ¿qué ha pasado?

Ella rompió a llorar, Su visión era sencillamente espantosa. Brett no sabía qué hacer, y por supuesto ni se atrevía a tocarla, pues era posible que además del brazo tuviera roto algún hueso.

—Candy... Candy, tranquilízate... Vendrá una ambulancia, no temas...

—Me han pegado ellos, Brett —sollozó la pelirroja—. ¡Me han pegado porque adivinaron que fui yo quien te dijo dónde los podías encontrar, y me han obligado a decirles que seguramente vendrías por aquí esta mañana...! ¡Yo no quería decirles nada, pero me pegaron tanto, tanto, tanto...!

—Está bien, Candy, no importa —Brett sentía un nudo en la garganta—. No te muevas de aquí, no hagas nada. ¿De acuerdo?

—No quería decirles nada, pero me pegaron, me pegaron...

—Que á, mujer, no te preocupes, no te guardo rencor. No te muevas, Candy, ¿de acuerdo? ¡No intentes hacer nada por ti misma.

Salió a toda prisa de los servicios..., y oyó en alguna parte la voz de Rita Gardiner. Se detuvo en seco, frunció el ceño, y se lanzó hacia el fondo de las oficinas de la Multivideo.

Segundos más tarde encontraba el montacargas, en el que descendió hacia los sótanos del edificio. Rita se iba a llevar un buen berrinche, pero eso a él le tenía sin cuidado, en aquellas circunstancias.

Apenas dos minutos más tarde había robado uno de los coches allí estacionados, y salía" del lugar confiando en que nadie se daría cuenta de que estaba herido y que su cara no encajaba con aquel coche.

Otros dos minutos más tarde circulaba tranquilamente, alejándose del centro.

Muy bien, era evidente que Weston Stapleton no se

encontraba allí, en las oficinas de la Multivideo, de donde podía deducirse que, tal como le había dicho por teléfono Candy antes de que la zurraran, podía

estar en los estudios de la productora. Pero, ciertamente, él no podía ir por el mundo dejando un rastro de sangre, así que tenía que encontrar una solución.

¿Y cuál solución mejor que recurrir de nuevo a Carol Marley?

El único problema, si es que podía ser considerado así, era localizarla. Pero eso, tarde o temprano, tendría que ocurrir. De modo que lo primero que tenía que hacer era encontrar un sitio discreto desde el cual llamarla.

* * *

Simplemente, Carol metió el coche en el pequeño taller cuya puerta se abrió apenas aparecer ella. Y todavía no había parado el motor del coche, cuando tras ella, la puerta del taller fue cerrada. Carol se apeó, y vio a Brett caminando hacia ella, manchado de sangre.

—¡Oh, Dios mío! —se llevó Carol las manos a la boca, mientras sus ojos se abrían muchísimo.

—No es nada —gruñó Brett—, pero de nuevo necesito ropa. ¿La has traído?

—Sí... Sí, sí.

—Tranquilízate. Coge la ropa que me has buscado y ven conmigo.

Ella asintió, sacó un paquete del asiento de atrás, y sólo entonces miró alrededor. Era un lugar sucio, mugriento, Heno de herramientas, ruedas, cajas grasientas...

—Es el taller de reparaciones de motocicletas de un amigo —explicó Brett—. Él está fuera ahora, de modo que tenemos vía libre. Vamos arriba.

Subieron al apartamento que había encima del taller. El lugar era pequeño y discreto, pero estaba

aceptable. El cuarto de baño, nombre quizá un tanto pomposo, era pequeño, pero aceptable también. Brett se quitó la camisa, y por el espejo vio a Carol en el umbral, observándole con expresión asustada.

—Ayúdame —gruñó—. Es sólo un arañazo, pero hay que vendarlo.

—Dios bendito... ¡Estás hecho trizas!

—Claro que no —gruñó de nuevo Brett—. Desde luego no lo estoy pasando divinamente, pero tampoco moriré dé esto. Lo que más me cabrea del asunto es que mientras tanto ni siquiera he podido echarle la vista encima a Stapleton. Pero espero poder hacerlo pronto. Tal vez lo atrape en los estudios de la Multivideo.

—Pero... si vas allí, él estará rodeado de amigos que...

—Ya no tiene amigos. No, al menos, de los que a mí puedan preocuparme. Esos la han palmado: los tres. Mira, vamos antes que nada a ver si conseguimos procurarme un mejor aspecto y luego te explico cómo están las cosas.

Veinte minutos más tarde, mientras terminaba las explicaciones, Brett se ponía las ropas que le había procurado Carol Marley, que observaba como fascinada los vendajes que rodeaban el torso velludo del ex detective.

—Lo que no entiendo —reaccionó Carol— es por qué no volviste al motel después dé devolverles la paliza a esos tres matones.

—Me fui a ver a la rubita, la chica que me había ayudado en el estacionamiento aquella mañana. Se me había metido en la cabeza que era amiga de los tres matones, y decidí hacerme el tonto con ella a ver si

sacaba algo en claro.

—Pero... ¿pasaste la noche con ella? Quiero decir...

—Nada de eso —sonrió cínicamente Brett—. Hijita, tú me dejaste para el arrastre, ¿sabes? Yo no soy de esos que cuentan y no acaban, soy más bien normal, así que después de una tarde como la que pasamos tú y yo ayer no me quedaban ganas ni fuerzas para nada más..., en ese sentido, se entiende.

—En definitiva: ¿quién es esa chica rubia?

—¡Te lo estoy diciendo! Es una mujer policía de esas machorras aunque no lleve bigote. ¡Cómo disparó la muy...! Y luego me dijo: soy la sargento tal, así que estáte quietecito, que vengo ahora a por ti. De modo que le di esquinazo.

—¿Y qué hace ella metida en esto? —insistió Carol.

—¿Cómo cono quieres que sepa eso? A mí sólo se me ocurre una cosa, pero no pretendo convencerte de que soy un genio pensando, ¿comprendes?

—¿Qué cosa se te ocurre?

—Bueno, esa chica podría estar detrás de Stapleton, quizá por el asunto del contrabando de videos, o la piratería... ¡Yo qué sé!

—Sí... Podría ser eso.

—Pues si es eso, francamente, no me parece nada conveniente para mí acercarme a Stapleton, especialmente ahora, después del follón que hemos organizado. ¡Maldita sea mi stampa, y esa sargento de los demonios sabe mi nombre, lo sabe todo...! ¡Esta vez me van a empapelar en cuanto me cacen! ¡Yo me largo!

—¿Que te largas? ¿Adonde?

—¡A Canadá! Cariño, no sé si te das cuenta de cómo se están embrollando las cosas. Bueno, eso de irme a Canadá es una tontería., ¡pero algo tengo que

hacer!

—No tengo más remedio que volver a decirte que siento haberte metido en esto —se condolió Carol.

—No estoy presentando reclamaciones. Pero francamente, me gustaría encontrar un modo de salir del atolladero. ¡Y todo por culpa de ese maldito Stapleton! ¡Si pudiera ponerle la mano encima...! ¡Ahora si que me lo cargaba, al muy...!

—No me parece prudente que vayas por ahí, Brett. Creo que lo mejor sería que regresaras al motel y esperases allá a ver cómo se encarrilan las cosas. Mientras tanto, yo puedo quedarme en Nueva York a ver si consigo saber algo que pueda ayudarnos a solucionarlo todo, y esta noche iré al motel y cambiaremos impresiones.

—¿Sólo impresiones?

—¿En qué estás pensando? —sonrió Carol.

—Bueno, al menos en todo esto hay algo agradable —dijo Brett, abrazando a la hermosa Carol por la cintura—. No voy a negar que tú vales la pena, Carol.

—Verdaderamente —parecía pasmada Carol—, eres un hombre de hierro, Brett. Estás más magullado de lo que soportaría cualquiera, incluso tienes una herida de bala...

—Un rasponazo nada más —guiñó el ojo el ex detective—, y es en el costado, no en las zonas alegres..

—En cualquier caso —rió Carol—, eres un fuera de serie.

—La mala vida que llevo desde que me retiraron la licencia, que me ha convertido en un tipo correoso.

—Será por eso —Carol quedó seria de pronto, mirándole fijamente, preocupada—. Brett, tienes que prometerme que no vas a hacer nada más, que te irás al motel y me esperarás allí sin complicarte más la vida. Deja que yo haga algo por ti ahora.

—A ver si para no complicarme la vida yo te vas a meter tú en un lío...

—Te aseguro que iré con mucho cuidado, Brett, ¿me lo prometes? ¿Te vas a ir ahora mismo al motel y no harás nada, te limitarás a esperarme allí hasta la noche? Y con lo que yo averigüe hoy respecto a cómo están las cosas ya veremos qué decisión tomamos para mañana... ¿De acuerdo?

—De acuerdo —gruñó Brett—. Pero haz el favor de tener mucho cuidado.

—Por supuesto —Carol sonrió dulcemente, y le besó en los labios—. Hasta la noche, cariño mío...

CAPÍTULO VIII

La vio llegar en el coche, que detuvo a la sombra de un árbol cercano a la farola de la cual procedía, la iluminación. Al verla salir del coche frunció el ceño: otra vez se había puesto la peluca rubia, es decir, que volvía a ser la señorita Mary Smith... Bueno, todas las precauciones debían parecerle pocas a Carol, claro está.

. Íf abrió la puerta antes de que ella llamase, y Carol

entró rápidamente, se colgó de su cuello, y lo besó.

—¡Estaba deseando reunirme contigo! —exclamó.

—Pues yo estoy que salto de impaciencia. ¿Cómo han ido las cosas por la City?

—Ha ocurrido algo horrible —dijo Carol, mirándole intensamente—. Mi socio James Norton ha sido hallado muerto en una carretera que conduce a su chalé de recreo... Al parecer se trata de un accidente.

Brett Alvin Bronson parpadeó lentamente.

—De manera que sólo te queda vivo un socio...

—Sí: Martin Robbins..., pero recuerda que a él también intentaron matarlo. ¡Brett, estoy segura de que a James lo han asesinado, no se trata de ningún accidente! El accidente ocurrió a primeras horas de la mañana, parece ser a que antes de las nueve... ¡Esto ha sido cosa de Stapleton! Estoy tan asustada... ¿Tienes algún arma?

—Claro. Me la procuré después de que nos despedimos...

Brett Bronson se calló bruscamente, al ver aparecer por detrás de Carol a un sujeto desconocido para él. Un hombre de poco más de treinta años, alto, atlético, rubio, hermoso, de grandes ojos castaños de expresión inteligente, viva. Era un bello ejemplar masculino de atractiva sonrisa, pero que no le cayó muy bien a Brett, pues le apuntaba a la cabeza con una diminuta pistola que sostenía con su mano enguantada como si fuese un juguete.

—Será mejor que me entregue esa pistola, señor Bronson —dijo el desconocido.

Brett miró a Carol, que sonrió cínicamente, y cuando hubo entrado el desconocido cerró la puerta, que

había quedado entornada mientras ella le abrazaba.

—Te presento a Martin Robbins, mi último socio.

Brett no contestó. Miró a Robbins, miró a Carol, de nuevo a Robbins. Apretó los labios y frunció el ceño, gesto que impulsó a Robbins a soltar una carcajada.

—Me parece que hay algo en todo esto que no le hace mucha gracia a tu guardaespaldas, querida. Usted, Bronson, ponga las manos sobre la cabeza, y recuerde que si las mueve es hombre muerto.

Brett colocó las manos sobre la cabeza y entrelazó los dedos. No reaccionó en modo alguno cuando Carol le palpó en busca de la pistola, que le quitó, retirándola cuidadosamente de la cintura, con su mano derecha enguantada.

—Vamos a sentarnos, mi amor —dijo pérfidamente —, ¡pero no se te ocurra bajar las manos! Me consta que eres un hombre Verdaderamente peligroso.

En la salita, Brett se sentó en un sillón, mudo. Parecía incapaz de reaccionar en cualquier sentido. Carol soltó una risita, y miró su reloj pendiente del cuello con una cadenita.

—¿Cuánto falta? —preguntó el guapo Martin Robbins.

—Todavía tardará no menos de quince minutos. ¿No te intriga saber a quién estamos esperando, Brett?

—¿A tu puta madre? —sugirió el ex detective.

—Me parece que le has hecho enfadar —rió gozosamente Robbins.

Carol sonrió, pero sólo con los labios, ofreciendo una extraña mueca. Se acercó a Brett, y de repente le propinó un punterazo en la espinilla. Brett Bronson tuvo la sensación de que mil agujas al rojo vivo habíanse clavado en su pierna y se esparcían en veloz viaje por todo el cuerpo, pero

se mantuvo impávido..., incluso cuando Carol, furiosa, repitió la patada.

—Cuidado con lo que haces —advirtió Robbins—. Este tipo te está provocando con el fin de aprovecharse de un descuido que tengamos cualquiera de los dos. Apártate de él,

—Quiero matarlo ya —dijo Carol, abriendo su bolso de mano.

—Nada de eso —prohibió Robbins—. Hemos de estar seguros de que Stapleton estará aquí, pues de lo contrario nada serviría de nada... ¿No le intriga todo esto, señor Bronson?

—Vete al huevo, mamón-gruñó Brett.

—Tómeselo con elegancia, hombre. En la vida hay que tener, estilo. ¿Qué es un hombre sin estilo? Pues, una simple bestia. ¿Comprende? De modo que siempre hay que tener estilo para las cosas de la vida, las buenas y las malas. A usted le ha tocado ahora pasar las malas, Pues paciencia, amigo, y a apechugar con ellas..., con estilo. Siempre con estilo. ¿Está de acuerdo?

—¿No sería usted tan amable de ahorrarme el asco de verlo y oírlo?—pidió finamente Brett,

—Pero, hombre... ¡qué poco sociable es usted! A fin de cuentas sólo trato de entretener la espera haciéndole saber cómo están las cosas. ¿O no le interesan? Apuesto a que sí. Mire, todo es muy simple, en realidad, todo se reduce a los de siempre, siempre lo mismo, es decir, dinero, siempre dinero.

—A lo mejor este piojoso creía que lo hacíamos por el amor —deslizó Carol.

—Mujer, eso también interviene un poco, ya que a fin de cuentas nosotros nos abastecemos mutuamente

en la cama. Pero no estamos unidos solamente por el asunto del sexo, sino por el dinero. ¡Dinero, señor Bronson, siempre dinero! Tal vez usted se diga que tanto Carol como yo ya tenemos dinero, y es cierto. Pero queremos más, mucho más..., ¡queremos todo el dinero del mundo, si es posible! Pero como no es posible, pues., le vamos a echar mano a todo el que se ponga a nuestro alcance. ¿Comprende?

—Usted parece guapo a simple vista, amigo —dijo Brett—, pero ahora que me fijo bien, tiene cara de pedo.

—Y usted es tonto si cree que con tan infantiles provocaciones va a conseguir que me acerque a usted a fin de facilitarle una ocasión de sorprenderme. Nada de eso, se lo aseguro.

—Está bien... ¿De que va la cosa?

—¡Ah! ¿Por fin se interesa? De acuerdo, se lo voy a explicar en pocas palabras. Verá, tanto Carol como yo queríamos que nuestra productora, la News Video se dedicara a producir muchas películas y programas en general que nos enriquecieran cuanto antes y más mejor. Así que nos decidimos a lo del porno y la piratería, esto es, robar y hacer lo que fuese necesario para ganar dinero. Pero nuestros socios, la pobre Nancy y los cretinos James y Walter, se negaron rotundamente a que realizáramos tales actividades. Mientras tanto, Weston Stapleton, que también había visto el negocio, empezaba a montarlo adecuadamente. Así que nos vimos venir el futuro: nosotros vendiendo cuatro películas de poca monta mientras Stapleton se apoderaba del mercado no sólo en nuestra zona natural, sino en todas partes. Y nos dijimos Carol y yo: si él lo hace es que puede hacerse, y si le dejamos nos va a arruinar. De modo que forjamos un plan: liquidarlos a todos... incluido Weston Stapleton. Carol engatusó a Stapleton, éste la ha estado ayudando a liquidar a nuestros socios, y ahora nosotros lo vamos a liquidar a él.

—Pero no dé cualquier manera —intervino Carol—. ¡Lo va a pagar todo a muy alto precio, especialmente lo del coche...!

—¿Qué coche? ¿A qué te refieres? —preguntó Robbins.

—Prefiero que no lo sepas. ¡Pero lo va a pagar! Yo voy a matar personalmente, como hice con el estúpido de Walter Dobbs... ¡Voy a tener el gusto de matarlo personalmente!

—Pero parecerá que lo habrá matado nuestro amigo Bronson —sonrió una vez más Robbins—, porque lo matarás con su pistola, que tiene sus huellas. Luego, con la pistola que ya utilizaste para matar a Dobbs, matarás, a Bronson, la pondrás en la mano de Stapleton..., y te pondrás a gritar. ¿Conclusión?

—Conclusión: parecerá que yo había contratado a este cerdo para que me protegiera, y quedará demostrado que tenía razones para hacerlo cuando aparezca aquí el cadáver de Stapleton, que vino a matarme a mí, se topó con Bronson, y se dispararon mutuamente, matándose el uno al otro. Esto convencerá a todo el mundo de que Stapleton fue quien mató a mis socios, él estará muerto, tú y yo adquiriremos su productora de videos..., ¡y a ganar dinero en cantidades de locura!

—Dinero, siempre dinero —amplió su simpática sonrisa Martin Robbins—. Bien, detective, ¿qué le parece el plan?

—Cojonudo, francamente —gruñó Brett.

—Celebro que lo entienda y lo elogie. En cuanto a mí claro está, me iré en cuanto pueda hacerlo, sabiendo que Carol no va a correr peligro alguno, es decir, cuando ustedes dos ya estén muertos.

—Ya. O sea, que a mi sólo se me ha utilizado para justificar la muerte de Stapleton.

—Claro. Es usted el tipo adecuado: mal genio, ya mató a otro sujeto que ponía en peligro su vida y la

de su cliente... El chivo expiatorio perfecto. Es un plan perfecto en todos sus detalles..., si Stapleton acude a la cita convenida aquí con Carol.

—Acudirá —dijo fríamente Carol—. Ese cerdo está, deseando poseerme. Cuando le dije que teníamos que vernos en un motel y le di instrucciones para reunirse en esta cabaña conmigo le brillaban los ojos como si fuesen de cristal. ¡Maldita sea, todos son unos asquerosos cerdos!

—¿Yo también?—rió Robbins.

—Tú menos que los demás —rió Carol—. O al menos me lo parece, porque me gusta que tú me lo hagas.

—¿Y yo no? —abrió mucho los ojos Brett—. ¡Pues, hija, si te llega a gustar...!

—¡Cierra la boca o te...!

—¡No te acerques a él! —exclamó Martin—. Déjalo que diga lo que quiera, pero no te acerques. Nada más oír que llega Stapleton lo mataremos, pero mientras tanto no te acerques a él... ¡Me parece que ahí llega Stapleton!

—Todavía no es la hora —dijo Carol—, pero no me extraña que ya esté aquí. Voy a abrirle la puerta. No te distraigas, Martin.

—Tranquila, que a mí no me solivianta el señor Bronson.

Carol Marley abandonó la salita, ocultando la pistola con sus ropas. Martin Robbins iba a hacer un comentario cuando, justo entonces, para su pasmo, Rita Gardiner apareció en su radio visual, procedente del dormitorio. El asombro fue tal que Robbins no acertó ni a parpadear. La rubia sargento de Homicidios le puso la punta de la pistola en la nuca, manteniéndose detrás lateralmente, y Brett Bronson se apresuró a arrebatarle a Martin la pequeña pistolita que sin duda era la de Carol Marley.

Todo realizado en una atmósfera de asombro tenso, de silencio. La voz de Carol llegó desde el pequeño

recibidor:

—Pasa, cariño... ¡Cuánto me alegro de verte!

—Y yo a ti, amor mío —sonó la voz de Stapleton—. Es una lástima que nunca más volvamos a vernos.

—¿Qué dices?—sonó con pasmo la voz de Carol. —Que te agradezco que me hayas ayudado a liquidar a tus socios, y que ya no te necesito. Sólo queda uno, con el cual me entenderé perfectamente para unir nuestras productoras..., hasta que se presente la ocasión de liquidarlo.

—¿Estás..., estás loco?—jadeó Carol.

—No, mujer. Me interesa que quede vivo uno de los socios de la News Video, para comprársela. Mientras tanto, que viva. Pero no tú, mi perrita puerca y ambiciosa.

—¡Weston, no me...!

Sonó el ahogado chasquido de un disparo, y en seguida el estampido sonoro de otro disparo. Rita Gardiner, lívida, aturdida por los inesperados acontecimientos, pues ella había creído que atraparían a Stapleton y a Carol Marley en la salita, corría fuera de ésta, mientras Robbins, aprovechando el momento de confusión, daba la vuelta e intentaba escapar hacia el dormitorio.

Un tremendo patadón de Brett le alcanzó en los testículos, alzándolo mientras gritaba bestialmente, encogiéndose, metiéndose las manos entre las ingles: Cayó encogido, desencajado el rostro, los ojos casi fuera de las órbitas...

Al mismo tiempo, Rita casi chocaba con Carol Marley en el umbral. Carol apareció como si tal cosa, empuñando la pistola, pero mostrando un tremendo manchurrón en el pecho. Rita se detuvo en seco,

mirándola. Carol Marley la miró, miró luego a Brett, al caído Robbins. Una fea mueca torció su boca hacia un lado. Y de repente, puso los ojos en blanco, se doblaron sus piernas, y cayó sobre sí misma, como arrugándose, para rodar por el suelo.

Rita reaccionó.

—¡Brett, cuida dé ella, voy a por Stapleton!

La sargento de policía salió a toda prisa, mientras Brett se acercaba a Carol. Iba a arrodillarse junto a ella cuando comprendió que estaba muerta; pero se arrodilló, y puso las yemas de dos dedos en un lado del cuello. Movi6 la cabeza, miró los ojos que mostraban solamente córnea, y suspiró:

Oyó las pisadas de Rita, que apareció ante él. Alzó la cabeza para mirarla.

—Stapleton está muerto-murmuró Rita.

—Ella también —murmuró a su vez Brett, poniéndose en pie.

Se acercó a Robbins, que estaba haciendo desesperados esfuerzos por ponerse en pie.

—Esto me va a costar el puesto —dijo Rita—. ¡No debí hacerte caso, debí avisar a mis compañeros para...!

—Amiguita, si tú no me hubieras jurado que acudirías sola, yo nunca te habría facilitado los datos para intervenir, de modo que deja de echarte culpas. Estas gentes no están así por culpa tuya o mía, sino porque son unos criminales, ¿de acuerdo?

—Sí, pero...

—Pero nada. Y si cualquiera decide fastidiarnos por lo que ha ocurrido, es que es idiota total. ¿Qué demonios crees que va a pasar? Cuando lleguen aquí tus compañeros y les expliques lo que ha pasado y lo que han hecho estos criminales te van a ascender a

teniente..., y si tuvieran vergüenza a mí me devolverían mi licencia. ¿Está claro?

—Sí, pero...

—¡Pero nada, maldita sea! ¡Y tú, cabrón, deja de intenta, agarrarte a mis pantalones!

Se desprendió del gimiente Robbins propinándole un iracundo puntapié que le partió los labios y lo hizo rodar por el suelo. En el acto, lívido como un cadáver, manchado de sangre, el bello Robbins se colocó de rodillas, y juntó las manos en súplica oratoria

—¡No me pegue más! —dijo entre espumarajos de sangre y dientes rotos—. ¡No me pegué más, por lo que más quiera!

—La puta que te parió... ¡Y tú eras el que decías que hay que tener estilo en la vida!

ESTE ES EL FINAL

Rita Gardiner abrió la puerta de su apartamento, y se quedó mirando inexpresivamente a su visitante.

—Hola-gruñó Brett—. ¿Qué tal?

—Yo bien. ¿Y tú?

—También. Me han tratado bien en el hospital: Por cierto, que también Candy estaba allá. Parece ser que la dejarán como nueva.

—Qué bien. Así podrás divertirte con ella.

—¿A qué viene eso ahora? Y además, ¿me vas a dejar entrar ó tendré que pasar la noche aquí fuera?

—No me digas que has venido en busca de mi sofá.

—¿Por qué no? Dormí bien, y este apartamento me gusta Si no fuese porque no me gusta la perspectiva, me quedaría a vivir contigo.

—¡Pues si la perspectiva de vivir conmigo no te gusta por mi ya puedes largarte cuando quieras!

—exclamó Rita, abriendo de nuevo la puerta.

Brett la volvió a cerrar, y movió la cabeza con aquel gesto de asombro y reproche a la vez.

—Oye que estoy hablando de la cuestión dinero, ¿sabes? Simplemente, no tengo donde caerme muerto, y la idea de vivir a tu costa no me seduce demasiado.

—¿Y qué tal si yo quisiera mantenerte? —se enfureció Rita—. ¿Eh? ¿Qué tal si yo quisiera mantenerte?

—¿I o harías? —abrió mucho los ojos Brett.

—¡Sí, señor, lo haría, porque estoy loca por ti, de modo que lo haría, para que te enteres! Ah, pero tú debes ser uno de esos machos machotes que no pueden consentir eso, ¿verdad? ¡Estaría bueno que una mujer te mantuviera...! ¡Maldito sea el dinero!

—Eso sí —admitió Brett—. ¿De verdad me mantendrías? Rita, piénsalo bien, porque si dices que sí me quedo. Por cierto, que huele estupendamente... ¿Hay cena para mí?

—Para ti hay todo lo que quieras —susurró Rita.

—¿Incluida una cama?

—También una cama

—¿Contigo dentro?

—Conmigo dentro.

—Caray... ¡Caray! ¿Y todo esto siendo yo un muerto de hambre?

—Pues mira, esto me recuerda unos versos que escuché una vez en Bagdad, y que dicen así: En este jodido mundo
donde todo es pura mierda no goza más el que medra,
sino el que ama a tumba abierta.

Rita soltó una carcajada, y exclamó, relucientes los ojos:

—Entonces..., ¿te quedas? Brett, ¿te quedas?

—Con dos condiciones. Mejor dicho, con dos aclaraciones por mi parte. Una, que no sé por qué, francamente, pero estoy loco por ti...

—¡Brett!

—Déjame terminar. Que sí, que estoy loco por ti. ¡Pues no lo he pasado mal ni nada en el hospital esperando que me dejaran salir para venir aquí! De veras, me pregunto qué he visto en ti para estar tan

loco...

—¿Tal vez que soy dulce y apasionada? —sugirió Rita.

—Eso lo veremos muy pronto.

—Lo Veremos —parecían incendiarse los ojos de Rita, que estaba impaciente como nunca en su vida —.

¿Cuál es la otra aclaración?

—Que me han devuelto la licencia, así que podré trabajar de nuevo —una amplia sonrisa de buen muchacho apareció en el rostro de Brett Bronson—. Pero vaya, que conste, la idea de que me mantenga una tía tan buena como tú no me molesta en absoluto... ¡En absoluto, lo juro!

FIN